

El arte de la palabra en la antigüedad

por JOSÉ OROZ RETA

INTRODUCCION

Todo el sistema educacional de los griegos, más concretamente el de los atenienses, se basaba en los ejercicios musicales que perfeccionaban su inteligencia y educaban el corazón, y los gimnásticos que fortificaban sus cuerpos, según podemos deducir de un pasaje del *Protágoras*¹. La música no se reducía al arte de danzar y cantar bien. La finalidad de la música no era en modo alguno preparar a los niños que formaban parte de los coros que daban especial realce a las grandes fiestas religiosas. Los atenienses hacían aprender la música a sus jóvenes porque formaba el complemento natural de los estudios. Incluso en los primeros tiempos, la enseñanza musical había tenido una función más elevada y se había podido considerar como la forma más perfecta de la cultura intelectual².

La gimnástica tendía a la formación y belleza del cuerpo³. Sabida es la diferencia entre las palabras *παλαίστρα* y *γυμνάσιον* con las que de ordinario se designan los lugares reservados a los ejercicios del cuerpo⁴. Prescindimos ahora de tal diferencia, ya que entendemos los ejercicios gimnásticos en su

1 *Protag.* 325c.

2 Cf. GIRARD, P.: *L'éducation athénienne au V et au IV siècle avant J.C.*, Paris 1891, 2.^a ed., pp. 176-184.

3 Cf. *República* II 376c.

4 Cf. GIRARD, P.: *O. c.*, p. 27, con bibliografía.

forma genérica. Platón admitirá el doble programa de los ejercicios musicales y gimnásticos, y tendrá cuidado en establecer una absoluta armonía entre la *cultura* del cuerpo y el cultivo del espíritu, como se desprende de un pasaje del *Timeo*⁵.

Hay que reconocer que en el programa educacional de los griegos se opera muy pronto un cambio muy grande. Podemos afirmar con Girard que, en el período que va desde el 440 hasta finales de la guerra del Peloponeso, a los hombres de acción —el vencedor de Maratón, el héroe de Salamina y de Platea— ha sucedido una generación nueva, más reflexiva, más sagaz, que desea cambiar el trabajo de las armas por el placer de las letras. Ya no bastan los conocimientos elementales. En vez de apasionarse por la guerra se sienten atraídos por las lecciones de los sofistas.

Basta recorrer los diálogos de Platón para descubrir huellas del afán que sienten los griegos por adquirir la ciencia. Al comienzo del *Téages*⁶ encontramos a un campesino, Demodocos que conduce a su hijo a la ciudad para encomendarlo en manos de algún sofista. Su hijo desde hace tiempo ha oído hablar de las maravillas que le cuentan los jóvenes de su demo que vuelven de la ciudad encantados de los discursos que allí han oído. Esas noticias le han encendido en ansias de saber, y a toda costa quiere convertirse en un sabio. Su padre, pese al miedo que le inspiraba la nueva pedagogía, no ha podido resistir. Demodocos y Téages se dirigen hacia el pórtico de Zeus Eleuthérios pensando encontrar allí alguno de esos elocuentes profesores⁷. Todavía más expresivo y concluyente es el relato que sirve de introducción al *Protágoras*⁸.

5 Cf. *Timeo* 87c y 89a.

6 Acerca de la 'autenticidad de este diálogo puede verse KRUEGER, G.: *Der Dialog Theages*, Geifswald 1935. FRIEDLAENDER, P. cuenta entre las obras genuinas el *Hiparco* y el *Téages* y las incluye en su temprana producción, cf. *Platon*, 2.ª ed., Berlín 1960, vol. III, p. 419. Pero si la obra no es de Platón, al menos es de inspiración platónica.

7 *Téages* 121a-122b. El pórtico de Zeus Eleuthérios era uno de los más hermosos y frecuentados de Atenas. Los atenienses de tiempos de Sócrates se paseaban por allí y filosofaban. Allí encontró Sócrates a Iscómaco, cf. *Económico* VII 1.

8 *Protag.* 310a-316a.

Podemos afirmar que los poetas fueron los primeros formadores y educadores de Grecia. Pero, con todo, hay que reconocer que el arte de εὖ λέγειν enseñada por los rétores y los sofistas ha tenido también gran parte en el magnífico desarrollo de la civilización griega. Junto con la poesía, la retórica ha sido la condición necesaria y como un aprendizaje obligado de la vida moral y práctica, según podemos colegir de las palabras de Platón. El papel que la retórica ha desempeñado en la cultura griega ha sido tan grande que se ha podido afirmar que una gran parte de su literatura está moldeada por la ciencia o arte de la palabra⁹.

Los rétores y los sofistas se presentaban como educadores de la juventud. Y esto no sólo con afanes o finalidad determinada de escuela. La historia de la civilización nos lo demuestra con toda evidencia. En un momento dado y preciso, los sofistas se han ocupado de la educación de la juventud y se han propuesto preparar a los jóvenes, con sus lecciones, para la vida práctica y la política, para lo cual el arte de la palabra era siempre un instrumento indispensable. Esos eran los ideales de los ciudadanos, que Solón quiso realizar entre sus súbditos, prescribiendo los medios para hacer a todo ciudadano de Atenas capaz de pensar bien, de obrar bien y de hablar bien. El arte de hablar bien era, en definitiva, una manera de obrar, dada la máxima importancia que tenían los discursos en la vida social y política ateniense. Desde este momento, el hombre bien educado ya no es el que ha seguido atentamente las clases del citarista y del pedotriba¹⁰, sino el que sabe pensar, hablar y obrar bien. Píndaro se alzaría contra el ideal del hombre orador, y Esquilo dejaría entrever la polémica anti-retórica. Pero ambos muestran un conocimiento bastante perfecto de los principales conceptos retóricos de la Magna Grecia¹¹.

9 La bibliografía «retórica» es abundantísima. Vemos en ella no sólo el florecimiento de los estudios retóricos, sino que asistimos a una nueva consideración y replanteamiento de la retórica como disciplina estética o filosófica.

10 Cf. *Protag.* 312a-b.

11 Cf. PíND.: *Nem VIII* 24ss. ESQUILO: *Supplic.* 273; *Siete contra Tebas*, 1052. Véase, a este respecto, NESTLE, W.: *Vom Mythos zum Logos*, Stuttgart 1940, pp. 178-179.

La retórica ocupa un puesto central en la historia de la cultura antigua, griega y latina. Como ciencia, constituye el fundamento de la psicología de la persuasión —πειθοῦς δῆμιουργός¹²— y como arte, extiende sus ramificaciones y deja sentir su influencia en varios de los campos del saber humano. Así se explica el enorme interés que siempre ha despertado la retórica, desde sus orígenes, aun en las mentes más especulativas como Platón y Aristóteles, Cicerón y Agustín de Hipona. Tal vez no sepamos con toda exactitud en qué consistía exactamente la esencia de la retórica¹³. Quizás eso pueda explicarnos el desprecio que hacia la retórica se ha sentido en determinadas épocas de la historia. Pero la importancia que el arte de la palabra tuvo entre los griegos y entre los romanos justifica con todo derecho la proliferación de estudios modernos que, de una manera científica y desde diferentes ángulos de visión, se proponen penetrar en la naturaleza íntima de la retórica o ilustrar determinados aspectos de la vida greco-latina en orden a la preceptiva tradicional.

LA RETORICA EN GRECIA

Sus orígenes

La retórica - τέχνη ῥητορική, el término aparece en Platón, si bien es ciertamente más antiguo— es el arte de hablar en público. El poder del discurso no fue descubierto, ni mucho menos, en tiempos de Gorgias; era ya conocido por el *epos*. De una manera más o menos científica, podemos descubrir

12 PLAT.: *Gorg.* 453a. Esta misma definición condensa la que, según algunos escritores posteriores, daba Tisias de la retórica, y que puede ser genuina. Cf. RADERMACHER, L.: *Artium scriptores. Reste der voraristotelischen Rhetorik* (Oesterreiches Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse, Sitzungsberichte 227, Bd 3) Viena 1951, II, p. 13. En la definición gorgiana de la retórica encontramos dos elementos esenciales: la indicación de la «persuasión» como esencia de la retórica y la delineación de una finalidad puramente psicagógica y no científica de la retórica. Es evidente que el primer elemento pertenece a Gorgias, aunque podamos descubrir un origen siciliano. Para el segundo se ha pensado en una concepción platónica.

13 Clark tiene un capítulo de su obra con este título: «What the ancient meant by rhetoric?», cf. *Rhetoric in greco-roman education*, New York 1957, pp. 24-58. Cf. sobre este punto KOWALSKI, G.: *De arte rhetorica* I, Leopoli Polonorum 1937, pp. 42-86.

técnicas de la teoría retórica en los discursos de los poemas homéricos¹⁴. Se ha notado que el discurso en la épica se consideraba como un poder irracional que se manifestaba en la habilidad para mover a los oyentes, y en los efectos mismos sobre el orador, que aparecía poseído del *entusiasmo*, de una inspiración o regalo de los dioses¹⁵. En la *Iliada*¹⁶ se nos manifiesta el fin de la educación de Aquiles, joven aristócrata, que no es otro que ser buen «hablador de palabras», y valiente «operador de acciones». Esto nos indica que ya entonces existía una especie de formación mediante lecciones retóricas y ejercicios declamatorios. Tal vez todo se reducía a escuchar a los ancianos y a adquirir, mediante ello, fórmulas, temas, máximas, tópicos - mitos y ejemplos históricos.

No vamos a exponer ahora las características de la oratoria tal como aparece en Homero. No es difícil sorprender una falta de argumentación lógica en los discursos de los personajes, y por supuesto notamos la ausencia de una técnica depurada que sólo más tarde va a adquirir la perfección¹⁷.

Manifestaciones de la oratoria, en sus diferentes géneros, se encuentran en Hesíodo, sobre todo en *Trabajos y días*, en las *Euménides* de Esquilo, en algunos pasajes de Heródoto y Tucídides¹⁸. Pero se trata de la práctica de la oratoria, anterior a una teoría escrita o hablada en que se inicia a los alumnos en los ejercicios del bien hablar. Desde tiempos antiguos, el tribunal y las asambleas populares deliberativas eran los lugares en que el orador debía exponer las pruebas. Es cierto que estos presupuestos adquirieron una gran importancia al través de los progresos de la democracia y la introducción de los tri-

14 Sobre la retórica homérica puede verse RADERMACHER, L.: *O. c.*, A II-IV. KENNEDY, G. A.: *The ancient dispute over rhetoric in Homer*, en *American Journal of Philology* 78 (1957) pp. 23ss. WEIRLI, Fr.: *Zur Geschichte der allegorischen Deutung Homers in Altertum*, Bern-Leipzig 1928.

15 Cf. SOLMSEM, Fr.: *The gift of speech in Homer and Hesiod*, en *Trans. and Proc. of the Amer. Philological Ass.* 85 (1854) pp. 1ss.

16 Ya Cicerón advirtió que el primer ideal de una educación retórica se podía ver en el episodio homérico de Fénix —*Illiada* IX 442 ss.—: «Vt ille apud Homerum Phoenix, qui se a Peleo patre Achilli iuueni comitem esse datum dicit ad bellum, ut efficeret oratorem uerborum auctoremque rerum», *De orat.* III 15, 57.

17 Sobre esto puede verse KENNEDY: *O. c.*, pp. 35-39.

18 Cf. KENNEDY: *O. c.*, pp. 39-51.

bunales populares. Los autores no han podido precisar con certeza cuándo se produjo el paso de los cantos fúnebres al discurso solemne en honor de los difuntos¹⁹. Y tampoco hemos de admitir sin más que se realizó bajo la influencia de la sofística, aunque fuera ésta la que introdujo los discursos de aparato —ἐπιδειξetic— en las grandes fiestas nacionales. En estos cambios estamos asistiendo a la lucha entre los poetas y los oradores que se disputan el primer puesto en la sociedad.

La primera teoría retórica

El carácter, eminentemente social y coloquial del hombre griego y la conciencia natural de la importancia del λόγος —palabra y razón, al mismo tiempo— como medio de persuasión, explican el valor de la palabra hablada adquirido ya, como acabamos de ver, en la más antigua sociedad griega. Esta tendencia natural del hombre griego, mientras adquiere conciencia de sí misma al través de la especulación filosófica, se encuentra con las nuevas fuerzas políticas y sociales que, a finales del siglo VI cuando se considera ya caduca la función de las tiranías, se organizan en regímenes democráticos, cuyo ejemplo más efectivo y famoso encontramos en Atenas. Una de las condiciones y fundamentos de esta democracia es la ἰσχυορία, es decir, el derecho de todo ciudadano a expresar libremente sus propias opiniones en las asambleas, en los tribunales y en todas las ocasiones de la vida social.

La elocuencia natural fue el arma de los demagogos de talento en las democracias primitivas. Pero la oratoria, conocida y estudiada como arte y no solamente admirada como efecto de una fluidez y fuego naturales, se desarrolla en Grecia después de las Guerras Médicas, como un movimiento que, por su analogía con la posterior, podemos llamar *Primera Sofística*. Aunque, como hemos de ver, no fue ateniense en su origen, encontró en la primera ciudad del mundo heleno y bajo la forma de un gobierno democrático condiciones especiales que la hicieron ventajosa como profesión y como arte.

19 Cf. LESKY, A.: *Storia della letteratura greca* (Trad. ital.), Milano 1962, pp. 465 y 787 n. 14.

La retórica, como enseñanza sistemática y sujeta a un arte, nace, según la tradición, en Sicilia. Tal vez, a primera vista, parezca un poco extraño que sea en Siracusa, la más populosa y floreciente ciudad siciliana, donde nace la retórica y la elocuencia, y con ellas una brillante etapa de la cultura griega. Pero no hemos de olvidar que fueron los tiranos establecidos en Siracusa, Agrigento, Catania y otras ciudades, los que hicieron florecer con inusitado esplendor las artes de la paz y las técnicas de la guerra. De esa misma patria fueron Píndaro, Simónides y Esquilo, entre otros. Y es en Sicilia donde Estésicoro efectúa el paso de la poesía épica a la lírica, y donde la poesía coral se organiza dentro la estructura estrófica.

La perturbaciones económicas, producidas por las frecuentes y profundas revoluciones sociales, los desplazamientos violentos de las propiedades privadas y las consiguientes demandas ante las injusticias de los nuevos poseedores, y, sobre todo, la evolución constitucional de Siracusa con la victoria democrática después de la expulsión del tirano Trasíbulo el año 466, señalan quizás el principio de la dialéctica artística que viene a coincidir con la filosofía eleata. Tales cambios sociales y otras exigencias políticas produjeron un gran número de procesos²⁰ que hicieron necesaria la creación y conformación teórica y racional del género oratorio, para el cual los sicilianos, por su facilidad y abundancia de palabra y por la finura ingeniosa y sutil de su espíritu, poseían aptitudes y gusto naturales²¹.

De ahí nació la necesidad de formular preceptos con que dar a la elocuencia de los tribunales eficacia persuasiva en las acciones judiciales, entabladas para reivindicar la propiedad anteriormente confiscada²². Según escribe Tovar, «hay indudablemente una íntima conexión entre el desarrollo de la retórica y un régimen político donde el uso de la palabra alcance su pleno valor. La *ισογορία* o igualdad de derecho a la palabra hacía necesario a todo ciudadano, que aspirase a inter-

20 CIC.: *Brut.* 46. Cf. SPENGLER: *Proleg. in Hermog. Artium scriptores*, p. 25.

21 CIC.: *Ibid.*; *Verr.* IV 43.

22 CIC.: *Brut.* 46-48.

venir en la dirección de los negocios públicos, adquirir práctica en la oratoria»²³.

La historia de la retórica comienza en Sicilia, en el siglo v, con Córax y Tisias, según la antigua tradición que se remonta hasta Aristóteles, quien dice que estos dos sicilianos fueron los que primero concibieron unos principios sistemáticos para el arte de la palabra²⁴. Otra tradición afirma que fue Empédocles el fundador de la retórica²⁵. Es cierto que Quintiliano nos conserva esta noticia en su *Institutio oratoria*, pero la información del rétor hispano es muy vaga, y no podemos imaginar siquiera cuáles eran las reglas o preceptos de la pretendida retórica de Empédocles²⁶.

Pese a esa vaga noticia de Quintiliano que encontramos también en Sexto Empírico²⁷, casi unánimemente se considera a Córax, discípulo de Empédocles y uno de los favoritos del rey Hierón²⁸, como el primer escritor de una técnica oratoria —τέχνη— que él mismo practicó con gran éxito, como político y abogado²⁹. Cicerón nos refiere que Aristóteles recogió en un manual los tratados de retórica, *a principe illo atque inuentore Tisia*, y expuso cuidadosamente los preceptos de cada uno de los autores³⁰.

Junto con Córax aparece frecuentemente el nombre de Tisias. A los dos llama Quintiliano *doctores artis*³¹ y *artium scriptores antiquissimi*³². Es el mismo Aristóteles quien afirma, según testimonio y palabras de Cicerón: *Coracem et Ti-*

23 TOVAR, A.: *Aristóteles. Retórica* (Edic. del texto con aparato crítico, traducción, prólogo y notas de...) Madrid 1953, p. VII. En lo sucesivo nos referiremos a esta obra indicando solamente *Aristóteles*.

24 *Ref. sof.* 183b 29. Cf. CIC.: *De orat.* I 20, 91; *De inuent.* II 2, 6-7.

25 DIOG. LAERT. VIII 57.

26 *Inst. orat.* III 1, 8: «Primus mouisse aliqua circa rhetoricen».

27 Es curioso notar que Sexto Empírico emplea la correspondiente palabra griega al *mouisse*, de Quintiliano: *Adv. math.* VII 6.

28 *Proleg. in Hermag.* (SPENGL: *O. c.*, p. 24): Οὗτος ὁ Κόραξ, ὅπερ ἂν ἐβούλετο παρὰ τῷ βασιλεῖ μεγάλως ἤχοῦετο.

29 Cf. *Proleg. in Hermag.* (SPENGL: *O. c.*, p. 24).

30 *De inuent.* II 2, 6. La obra de Aristóteles a que se refiere Cicerón se titula *Τέχνην συναγωγῆς*. Según nos dice él mismo, eran muchos los autores y escritos a que se aludía en la misma. Cf. *Ref. sof.* III 34.

31 *Inst. orat.* II 17, 5. Acerca de los «inventores» del arte de la palabra véase KOWALSKI, G.: *O. c.*, pp. 87-97.

32 *Inst. orat.* III 1, 8.

*siam artem et praecepta conscripsisse*³³. A pesar de esta noticia, no sabemos ni podemos imaginar nada acerca de estos dos personajes, ni de sus relaciones: ¿fue Córax maestro, rival o colega de Tisias? Tampoco podemos formarnos una idea de las características de su obra literaria³⁴.

El mérito principal de estos autores no está tanto en haber dictado modos y formas para hablar bien —ἐὶ δὲ λόγῳ— por medio de una enseñanza metódica y mecánica de la elocuencia, cuanto en haber puesto la base del arte de la *inuentio* εὐρησις que lleva al rétor a la búsqueda de los argumentos. Para Córax, el discurso es ya algo orgánico, con partes distintas, pero íntimamente ligadas entre sí. Con éstas establece ya el principio de la división racional de las partes del discurso y elabora la técnica del arte oratorio. Según referencias de Platón, Córax y Tisias se preocupan ya de la división de las partes del discurso: proemio, narración, pruebas, conclusión³⁵.

Tisias fundó en Siracusa una escuela de retórica, a ejemplo de su maestro³⁶, y dio grandes impulsos a su sistema. El método de Tisias fue designado, desde el principio, con los nombres: *λόγων τέχνη, τὰ βέλτιστα, τὰ περὶ λόγων τέχνης γεγραμμένα*. Desconocemos en absoluto los tratados retóricos de Tisias, pero por las noticias que se nos han conservado³⁸, podemos colegir que se ocupaban preferentemente del género judicial, y con mayor brevedad y en menor proporción del género deliberativo. De ahí se deriva la preferencia por dicho género en el que tienen cabida de modo especial los argumentos extraños al arte. De

33 *Brut.* 46.

34 Para los fragmentos de Córax y Tisias, cf. RADERMACHER: *O. c.*, B. II. Son interesantes para conocer la personalidad de estos dos autores: AULITZKY, en *RE* 11, 1379ss, s. u. *Korax*; STEGMANN, en *RE* 52, 139ss, s. u. *Teisias*; KROLL, en *RE*, Suppband. 7, s. u. *Rhetorik*; ROBERTS, W. Phys: *The new rhetorical fragments in relation to the Sicilian rhetoric of Corax and Tisias*, en *Classical Review* 18 (1904) pp. 19ss; GERCKE, A.: *Die alte τέχνη ῥητορικὴ und ihre Gegner*, en *Hermes* 32 (1897) pp. 341ss; HAMBERGER, P.: *Die rednerische Disposition in der altern τέχνη ῥητορικὴ*, Paderborn 1914; HINKS, D. A. G.: *Tisias and Corax and the invention of rhetoric*, en *Classical Quarterly* 34 (1940) p. 61; WILCOX, S.: *Corax and the prolegomena*, en *Amer. Journ. of Philology* 64 (1943) pp. 1ss.

35 *Fedro* 267a; 272d; 273a. Cf. RADERMACHER: *O. c.*, B II, pp. 15-16, 18.

36 *Proleg. in Hermag.* (SPENGLER: *O. c.*, p. 25).

37 *Fedro* 266c-d.

38 ISOCR.: *C. sophist.* 295a-b; ARIST.: *Rhet.* I 1, 1354b; I 15, 1375a.

la preferencia por el género judicial y forense proviene así mismo el hecho de que el objeto de la retórica no sea ya lo verdadero ἄληθές; sino lo verosímil³⁹, εἰκόσ.

Los sofistas

Paralelo a este movimiento siciliano, tuvo lugar en Grecia otro nuevo movimiento cultural y espiritual de incalculable importancia para la posteridad. Causas de la más diversa índole se reunieron para cambiar el anterior estado de cosas. «El poderoso impulso, dice Zeller, que Grecia había conseguido a partir de las guerras médicas y la victoria de Gelón sobre los Cartagineses debían ejercer una acción profunda sobre el movimiento científico de la nación»⁴⁰.

La nueva sociedad urbana y política, que surge a raíz de las guerras médicas, aparece en desventaja frente a la aristocracia en cuanto que carece de la educación necesaria para la realización de sus fines políticos. Nos dice Tovar que «en el siglo v, como una moda más de las que llegaban de las colonias, la necesidad de la educación era sentida con unanimidad»⁴¹. Los conocimientos elementales del griego: leer, escribir y contar, no satisfacían las exigencias de la vida política, ni eran conformes con la nueva agilidad mental que mostraba sus pretensiones en todos los campos de la vida. No había escuela alguna pública que pudiera ofrecer al ciudadano griego los conocimientos que exigía su nuevo estado de vida. Y fue entonces el momento en que hombres, llenos de talento y de originalidad, se propusieron llenar esta laguna. Surgieron maestros que, andando de ciudad en ciudad, reunían en torno suyo a los jóvenes para repartirles los conocimientos

39 He aquí lo que nos dice Aristóteles: Προαιρῖσθαι δεῖ ἀδύνατα εἰκότα μᾶλλον ἢ δυνατὰ ἀπίθανα, *Poet.* 1460a 26-27. Cf. GARCIA BACCA, D.: *Poética*, México 1943, pp. LXII-LXIII.

40 ZELLER: *La philosophie des Grecs*, Paris 1882, vol. II, p. 450.

41 TOVAR, A.: *Vida de Sócrates*, Madrid 1953, 2.ª ed., p. 199. Es ya clásica la obra de JAEGER, W.: *Paideia: los ideales de la cultura griega* (Trad. española) México 1957. El lector iniciado sabrá descubrir cuánto debemos en algunos puntos concretos de este trabajo, aunque no lo citemos.

que necesitaban para una vida práctica y, en particular, para una vida política que constituía el núcleo de su enseñanza ⁴².

Advierte Lesky ⁴³ que la sofística tiene sus antecedentes que se remontan a un pasado muy lejano. El aire anacrónico de la ética aristotélica en un período que con el comercio y las finanzas puso en boga nuevas formas económicas; la notable ampliación de los horizontes debido a las colonizaciones; el despertar del individuo que comenzó a expresarse en la lírica; la acerba crítica que algunos hacían del mito tradicional y su imagen de la divinidad; la ruptura de la unidad del pensamiento y conocimiento humano por filósofos, como Heráclito o Parménides, todo esto preparó considerablemente el terreno a la sofística. También se puede plantear la pregunta programática propia de la historia del espíritu: hasta qué punto el movimiento modificó con sus nuevos impulsos la vida espiritual de su tiempo y llevó a su total desenvolvimiento las fuerzas ya latentes. Como siempre en estos casos, la respuesta extrema sería equivocada.

En este ambiente que produce y al mismo tiempo es condicionado por la sofística, toda la *σοφία* que entre los pensadores jonios se había entregado por completo a la especulación del mundo, entró por los cauces nuevos de una cultura práctica. «Si no era la verdadera sed de saber lo que movía a los hombres, nos dirá Tovar, un contagio general vino a espolearlos, presentándoles atractivamente las ventajas prácticas de la educación. Necesitaban de la sabiduría para salir de apuros... y a esta necesidad de conocimientos atendían los sofistas. La razón de su éxito está en que precisamente ofrecían el saber práctico, el que sirve para triunfar en la vida» ⁴⁴.

Como consecuencia, los helenos en general, y los atenienses en particular, abandonaron la epistemología de Protágoras con la consiguiente repudiación de toda otra investigación que no

42 GOMPERZ: *Pensatori greci* (Trad. ital.) Firenze 1945, vol. II, pp. 212-213. Cf. ROSTAGNI, A.: *Un nuovo capitolo nella storia della retorica e della sofistica*, en *Scritti minori, I Aesthetica*, Torino 1955, pp. 1-57. MEWALDT, J.: *Kulturkampf der Sophisten*, Tübingen 1928.

43 LESKY, A.: *Historia de la literatura griega* (Trad. española) Madrid 1968, p. 370. Véase también NAVARRE, O.: *Essai sur la rhétorique grecque avant Aristote*, Paris 1900, pp. 24-27.

44 TOVAR: *Sócrates*, p. 199.

estuviese ligada a la vida práctica⁴⁵. Con dificultad se podría entender el paso del predominio de los problemas de la naturaleza, que había distinguido a la filosofía anterior, hasta llegar a la posición central de los problemas del hombre, si no se admite la evolución de los intereses intelectuales con la situación político-social. Son nuevas las clases que participan en el gobierno del estado, al tiempo que se van reduciendo los poderes del Areópago frente a la preponderancia de la asamblea popular. De ahí que se sienta al vivo la necesidad de una nueva cultura político-jurídica, basada en el conocimiento de los problemas intelectuales y morales, y asistida por una dialéctica capaz de imponerse y triunfar en las asambleas y en los tribunales. Y son también los sofistas los que transmiten esa cultura.

A veinticinco siglos de distancia, con las noticias que nos han conservado los autores de entonces, es muy difícil, por no decir imposible, formarnos una idea objetiva de lo que representa realmente la sofística. Si atendemos al valor efectivo-instrumental del sufijo, sofista es el que posee la *σοφία* o al menos una *σοφία* es decir, una experiencia de carácter intelectual e incluso práctico, y que se sirva de esa *σοφία*; como de un instrumento. Por lo mismo, originariamente «sofista» es el sabio, el filósofo, el músico, el poeta. Posteriormente aparece el significado, y el personaje más propiamente específico, del hombre que ejerce la profesión de retórico, de político, etc., y enseña a los demás esa profesión mediante el pago de sus lecciones.

Por lo general, nos dirá Lesky⁴⁶, los sofistas son hombres sin verdadera patria, libres de ataduras sólidas. Así debemos imaginarnos a Protágoras ocupado frecuentemente en viajes, sin que sepamos mucho acerca de ellos. En el diálogo platónico *Protágoras*, éste pone interés en subrayar que su actividad es la de un sofista⁴⁷. Esta denominación, a juzgar por lo que antes dice el interlocutor, se presta a reflexiones. El

45 Cf. ZELLER: *O. c.*, vol. II, p. 449.

46 LESKY, A.: *O. c.*, p. 371.

47 Cf. *Protag.* 317b. Véase asimismo PLVT.: *Vita Themist.* 2, donde da una definición acertada de la *sophía*.

pasaje presupone, en la mente de Platón, un uso altamente diferenciado y poco benévolo de la palabra σοφιστής⁴⁸, que originariamente, como acabamos de indicar, se utilizaba en sentido mucho más amplio y sin segundo sentido. Esta evolución del sentido que subraya el neto contraste entre los sofistas y los filósofos, tuvo lugar sobre todo en el círculo de los socráticos, que se oponían a la sofística.

La condena aristofanea en *Las nubes*, y la crítica socrático-platónica que luego pasará a Aristóteles⁴⁹ tal vez se pueda aplicar a los abusos, pero no a la esencia misma de la sofística. Abusos, defectos y peligros del profesionalismo se acentúan y se manifiestan abiertamente en la capciosidad de los razonamientos y en la habilidad dialéctica que demuestra una indiferencia radical, como corruptores de la religión, de la moral y de la política. La venalidad, considerada indigna de un hombre libre, agrava todavía más el descrédito de la profesión. Pero no hemos de olvidar nunca que, entre los primeros sofistas, Protágoras se consideraba a sí mismo como «maestro de la virtud», y Pródico concedió una gran importancia al problema moral.

Tal vez cabe la posibilidad de que los sofistas, que aparecen en los diálogos de Platón a título de contemporáneos de Sócrates, no pasan de ser adversarios concretos, de carne y hueso, del mismo Platón. Además, como ha notado León Robin⁵⁰, el testimonio de Platón, igual que el de Aristóteles, es evidentemente el de un enemigo declarado de la sofística. Por lo demás, los testimonios que se nos han conservado dependen, por lo general, de estos dos. Se derivan a todas luces de lo que han dicho Platón y Aristóteles, y no permiten una

48 Sobre el sentido de la palabra cf. NESTLE, W.: *Vom Mythos zum Logos*, Stuttgart 1940, p. 249. Sobre los sofistas en general y sus fragmentos cf. UNTERSTEINER, M.: *Sofisti. Testimonianze e frammenti*, Firenze 1949-1962, 4 vols. (con bibliografía y comentario).

49 Para el estagirita, «la sofística es sabiduría aparente y no real; el sofista es un traficante en sabiduría aparente». Estas ideas aristotélicas resumen las siete definiciones del sofista, todas ellas tendenciosas, que nos da Platón en el diálogo titulado precisamente *El sofista*.

50 Cf. ROBIN, L.: *El pensamiento griego y los orígenes del espíritu científico* (Trad. de J. Xirau), Barcelona 1926, p. 182. En esta obra dedica un capítulo entero a la sofística del siglo v, con bastante imparcialidad y objetividad, O. c., pp. 178-199.

comprobación objetiva de lo que hay de verdad en ellos. Incluso los resúmenes o fragmentos de los libros que han llegado hasta nosotros son con frecuencia sospechosos de ser meras composturas o imitaciones. Además que, aun siendo auténticos, nos ilustran muy escasamente sobre la personalidad misma de sus autores⁵¹.

Los rasgos distintivos del grupo se destacan ya claramente en Protágoras. «El sofista, nos dice Lesky⁵², va de ciudad en ciudad impartiendo sus conocimientos a todos los que se unen a él como discípulos. No se trata de problemas filosóficos, sino de aptitudes y conocimientos que tendrán por objeto poner al así instruido en condiciones de ocupar con acertada información el mejor puesto accesible a él en la lucha por la vida y en el engranaje político⁵³.

Lo que sí podemos afirmar es que un movimiento tan poderoso como la sofística no habría surgido si la comunidad misma no hubiera sentido su necesidad de extender el horizonte ciudadano mediante la educación espiritual del individuo. Y ante esta necesidad, aparecen los sofistas: hombres de diversa condición social y formación cultural, sensibles a los más dispares intereses. Sólo podríamos catalogarlos a todos ellos bajo el denominador común y la etiqueta de «maestros

51 Sobre el concepto y nombre de los sofistas cf. FREEMAN: *The pre-Socratic philosophers*, Oxford 1946, pp. 341-342, donde trae abundante información de las fuentes griegas sobre la palabra *τέχνη*. Cf. también TOVAR: *Sócrates*, pp. 226-248. Sobre las relaciones de Sócrates y los sofistas existe toda una amplísima bibliografía, que no vamos a indicar ahora. Remitimos al lector a la citada obra de Tovar. Rodolfo Mondolfo ha escrito hace poco una breve monografía de Sócrates, en la que trae también unas interesantes indicaciones bibliográficas: *Sócrates*, Buenos Aires 1955, pp. 75-78. También pueden encontrarse datos bibliográficos en la citada obra de KENNEDY: *The art of persuasion*. Es clásica la obra de ZELLER: *Geschichte d. gr. Philosophie*, de la que se ha publicado, en su traducción española, un capítulo titulado *Sócrates y los sofistas*, Buenos Aires 1955. Así mismo Maier dedica un amplio capítulo al tema «Socrate e i Sofisti», en su obra *Socrate. La sua opera e il suo posto nella storia* (Trad. di G. Sanna) Firenze 1943, 2 vols., I pp. 190-269.

52 *Historia de la lit. griega*, p. 371. Acerca de lo que representaron los sofistas para la educación de los griegos, cf. GUNNING, C. P.: *De sophistis Graeciae praeceptoribus*, Amsterdam 1915.

53 Protágoras expuso una teoría de la *τέχνη* en la que exigía la persecución de un determinado objetivo relacionado con la vida, y la consecución del fin por procedimientos acordes con la realidad de los hechos. Cf. HEINMANN, F.: *Eine vorplatonische Theorie der τέχνη*, en *Mus. Helv.* 18 (1961) p. 105.

ambulantes», bien retribuidos por sus alumnos⁵⁴. Educaban a los hombres para la vida política, en primer lugar, sin particulares tendencias político-sociales. Reclutaban sus alumnos de entre los que podían pagar sus bien retribuidas lecciones, lo mismo de entre los nuevos ricos que de entre la aristocracia.

Dejando a un lado otras cuestiones que no son del caso, lo cierto es que la influencia de la sofística caló muy hondo en toda la vida ateniense del siglo v. A pesar de presentarse en Atenas más tarde que la filosofía jónica y, lo que es más importante, como representantes de unas tendencias nuevas que carecían de la venerable tradición de que podían enorgullecerse los jonios, la penetración de los sofistas en la literatura y en la filosofía y en la política⁵⁵ constituye uno de los capítulos más claros en la historia intelectual del siglo v⁵⁶. Al mismo tiempo con sus doctrinas literarias han contribuido poderosamente al embellecimiento de la prosa griega y, más concretamente, de la oratoria de todos los tiempos.

El fenómeno sofístico se produce en todas las partes del mundo griego. Recordemos a Protágoras de Abdera, en Tracia; Gorgias de Leontini, en Sicilia; Pródico de Ceos, en las Cíclades; Hipias de Élida, en el Peloponeso; Trasímaco de

54 Sobre la enseñanza asalariada de los sofistas cf. PLAT.: *Gorg.* 420ss; *Soph.* 223-224, 226; *Teet.* 167c-d; *Men.* 9b-c; *Protag.* 310d, 316c; *Apol.* 19; *Euti.* 304a; *Laq.* 186c; *Rep.* I 337d. JENOF.: *Mem.* I 6, 13. A este respecto y relacionada con la habilidad dialéctica de los sofistas se cuenta una anécdota de Tisias y Córax que, si no es verdad, manifiesta al menos la verdad de los llamados *διδασκῶν λόγος*: Dice Tisias a su maestro: «Te voy a convencer de que no estoy obligado a pagarte por tus lecciones. Si no consigo mi finalidad, es que tú no me has enseñado como debías, y por lo mismo estoy libre de nuestro compromiso». A lo que respondió Córax: «Si me logras convencer de que no debo cobrarte el sueldo fijado, es que has aprendido bien las lecciones que te he dado, y por lo tanto debes pagarme. Y también debes pagarme según hemos convenido, si no puedes probar lo contrario». Esta misma historia nos cuenta Diógenes Laercio de Protágoras y de Euthlo: IX 8, 56.

55 Es cierto que los discípulos o simpatizantes de los sofistas —Antífonte, Critias, Alcibíades, Trasímaco— han tomado parte activa y notable en la política oligárquica y antidemocrática durante la guerra del Peloponeso. Pero eso no se puede atribuir a una orientación política de los sofistas, decidida y consciente, en un sentido aristocrático y oligárquico. De todos modos, es una consecuencia natural del hecho que la clientela de los sofistas estaba constituida por gente adinerada, aristocrática de nacimiento y conservadora por su propio interés.

56 Cf. TOVAR: *Sócrates*, p. 233.

Calcedonia, en Bitinia; Antifonte, de la misma Atenas; etc. Todos procuran hacer de Atenas el centro de su actividad. Cada uno de estos sofistas aportó su parte a la evolución de la retórica. Así, Trasímaco desarrolló el aspecto de las emociones; Teodoro de Bizancio clasificó las partes del discurso⁵⁷. Algunos se dedicaban a la retórica, como simples autores de libros de texto y aún de versos o fórmulas nemotécnicas⁵⁸. Hubo también sofistas que, como Pródico e Hipias, estudiaron con vastísima erudición las palabras y sus varios significados. Protágoras manifiesta su actividad en muchos puntos de la retórica. Enseñó el arte del discurso como una parte de la vida política y pretendió, en aquella famosa frase, «hacer que la causa peor apareciera la mejor»⁵⁹.

Gorgias

Las relaciones y disputas comerciales entre Sicilia y Atenas, y, sobre todo, el intercambio cultural llevó muy pronto el arte de Córax a Atenas. Ya hemos aludido anteriormente a las necesidades que se sentían en Atenas, cuyo proceso democrático y evolución filosófica impusieron nuevas directrices en la cultura. Aunque la técnica de la retórica fue conocida en tiempos anteriores, la embajada de Gorgias en el año 427 para solicitar ayuda de los atenienses contra los de Siracusa puede considerarse como un símbolo del progreso de la teoría retórica desde Sicilia hasta Grecia.

Según Plutarco, Gorgias dictó clases en Atenas y a ellas y a las de su compañero Tisias asistiría Lisias⁶⁰. Sin duda, Gorgias es el más brillante de los sofistas y el que más positiva influencia ejerció sobre la oratoria y la prosa artística de la

57 PLAT.: *Fedro* 266e-267d.

58 Por ejemplo Eueno de Paros: PLAT.: *Fedro* 267a.

59 PLAT.: *Protag* 318e-319a. Cf. ARIST.: *Rhet.* II 24, 1402a; CIC.: *Brut.* 46. Platón, en el *Fedro* 267a-b, recoge una idea semejante, en relación con Gorgias y Tisias. Dice así: οὐ (Tisias y Gorgias) πρὸ τῶν ἀληθῶν τὰ εἰκότα εἶδον ὡς τιμῆ-
κα μᾶλλον, τὰ τε αὐτὸ μικρὰ μεγάλα καὶ τὰ μεγάλα μικρὰ φαίνεσθαι ποιοῦσιν διὰ ῥο-
μῆν λόγου, καινὰ τε ἀρχαίως τὰ τ' ἐναντία καινῶς.

60 Plutarco nos dice concretamente (*Moralia V: X Orat. uitae, Lysias*, D 1, pp. 154-155: Ed. G. N. BERNARDAKIS, Leipzig (Teubner) 1893): ἐπὶ Πραξιτέλους ἀρχοντος, κακεῖ διέμεινε παιδευόμενος παρὰ Τισία καὶ Νικίᾳ τοῖς Συρακουσίαις.

antigüedad⁶¹. Gorgias enseñó en Atenas con extraordinario éxito, de tal manera que los días que daba lecciones se llamaban *έορται* —fiestas— y sus discursos, *λαμπάδες* es decir, llamaradas y fuegos de artificio. La palabra *γοργιάζειν* era equivalente de *ήγορεύειν*. Su elocuencia era como una representación musical o dramática⁶². Gorgias, al igual que los demás sofistas, respondiendo a los deseos de sus ricos y ambiciosos clientes, encontró en la filosofía de su tiempo materiales aptos para sus fines. Según refiere Platón, Gorgias se hizo sumamente rico, ya que sus clases, tanto las privadas como las públicas, eran cotizadas muy alto⁶³.

Partiendo de que todo conocimiento es relativo y de que la única realidad es la apariencia, lo que interesa no es la verdad, sino lo relativo, lo persuasible, como nota el mismo Platón⁶⁴. De la combinación de este principio doctrinal con la psicología, con sus propios conocimientos y con el arte mismo, brotó en Gorgias y en estos nuevos filósofos aquella ciencia que se ha asociado generalmente al nombre y contenido cultural de la sofística. Gorgias y los demás sofistas, cada uno por diversos caminos y con distinto temperamento, iban echando los cimientos teóricos y prácticos que habían de ser esenciales para la evolución de la retórica⁶⁵.

Gorgias, según noticias de Platón⁶⁶, escribió tratados didácticos, muy estudiados y muy del gusto de los contemporáneos de Sócrates, sobre el arte de la elocuencia. Con Gorgias junto con la *εὐροσεις* —*inuentio*— de Córax y de Tisias, y más que ella misma, se afirma la *λέξις* —*elocutio*—. El objeto de su oratoria era, o seguía siendo, la persuasión⁶⁷. En el *Gorgias*, Sócrates le atribuye la definición de la retórica como artificio

61 Cf. NORDEN, E.: *Die antike Kunstprosa*, I, pp. 15ss.

62 Cf. FILOSTR.: *Vitae sophist.* I 16, 2. Sobre esta clase de discursos cf. BUCHHEIT, V.: *Untersuchungen zur Theorie des Genos Epideiktikon von Gorgias bis Aristoteles*, München 1960 (Amplia bibliografía: pp. 7-11).

63 PLAT.: *Hip. mai.* 282b. Acerca de la retórica de Gorgias, las innovaciones que introdujo en la lengua y el estilo y acerca de los servicios que la prosa griega recibió del rétor de Leontini, cf. NAVARRE, O.: *O. c.*, pp. 79-119.

64 *Fedro* 272d.

65 Una indicación bibliográfica moderna y completa puede verse en la obra citada de KENNEDY: *The art of persuasion*, p. 61 n. 13.

66 *Fedro* 273a.

67 *Filebo* 58a.

de la persuasión, definición que ya hemos visto antes en Tisias ⁶⁸.

La retórica es un arte que trata de todos los asuntos, aunque Gorgias menciona especialmente los temas legales y políticos ⁶⁹. Se sirve de las probabilidades más que de los hechos científicos, y puede hacer que una cosa pequeña aparezca grande; una grande, pequeña; lo nuevo, viejo y lo viejo, nuevo, según refiere Platón ⁷⁰.

Pero Gorgias reconoce también la fuerza persuasiva de la emoción. Por eso la retórica será también la ciencia de hablar bien: ἐπιστήμη τοῦ εὖ λέγειν. Para eso introduce la dicción poética, como reconoce Aristóteles ⁷¹, y surge la prosa artística. El orador, para Gorgias, es un «psychagogos», una especie de conductor de almas por medio de un cierto arte de encantamiento ⁷². Entre los materiales de que dispone el orador, según Gorgias, se cuenta no sólo la seriedad, sino también el ridículo que es medio importante para refutar al adversario ⁷³.

El escoliasta anónimo de Hermógenes determina y caracteriza de esta manera la forma del estilo de Gorgias: «Emplea expresiones magníficas; eleva los pensamientos ordinarios por medio de los *párisa*, los *homoiotéleuta*, los *homoióptota*, y emplea en todo, hasta la saciedad, los ornamentos del estilo» ⁷⁴. Es el primero que emplea con profusión períodos simétricos y cadencias sujetas a medida, con gran riqueza de asonancias y de rimas. Usa de todos los recursos y medios del verso, tales como el lenguaje figurado, un léxico no restringido a lo conversacional ni reducido a un dialecto sólo, sino con palabras poéticas y extrañas. Echa mano de las metáforas más atrevidas y las más agudas antítesis, artificios que la novedad hacía aplaudir entonces, pero que estaban plenos de afectación y que hoy nos parecen ridículos y despreciables. Todo eso podemos

68 *Gorgias* 452e: τῷ δυναμένῳ λέγειν καὶ πείθειν τὰ πλεῖθῃ.

69 Cf. RADERMACHER: *O. c.*, B VII, 1-6.

70 *Fedro* 267a.

71 Cf. *Rhet.* III 2, 1404a.

72 Cf. UNTERSTEINER, M.: *The sophists* (Trad. ingl.), Oxford 1954, p. 119.

73 Cf. *Gorgias* 473e; ARIST.: *Rhet.* III 18, 1419b; RADERMACHER: *O. c.*, B VIII, 3-5.

74 *Proleg. in Hermag.* (SPENGLER: *O. c.*, p. 80).

verlo en el *Elogio de Hélena*, la *Defensa de Palamedes* y en su *Epitafio*, discurso en honor de los muertos⁷⁵.

La sofística, que había nacido del deseo de los atenienses por la instrucción ante la evidente necesidad que de ella sintieron a raíz de las guerras médicas, y que había ocupado el primer lugar como reacción filosófica, ensalzando para ello la oratoria sobre los demás ramos del saber, ya que la voluntad popular colocaba en ella su finalidad, fue desde sus comienzos superficial. Deseaba tan sólo agradar al pueblo, y para ello elaboró, adornó y embelleció el discurso, y empleaba las demás artes sólo en cuanto ayudaban al arte que gustaba al pueblo. Los sofistas, siguiendo en esto a Gorgias, consideraban la elocuencia como una especie de acción mágica ejercida por la palabra sobre el alma, y se proponían ese fin y efecto psicagógico por medio de la *εὔπειρα*⁷⁶. No buscaban otra cosa que alegrar, encantar al auditorio con la armonía de la frase y del estilo —*ἁρμόνιος συνθεσις*⁷⁷— con el embrujo de los sonidos y de los ritmos, con acentos vibrantes y patéticos.

Gorgias enseñó en Atenas el arte de hablar bien —*εὖ λέγειν*— de seducir al auditorio para forzar su adhesión. Como dice Dupréel, «aplicaba sus procedimientos a los negocios públicos, ya en el curso de misiones políticas, como la que le condujo a Atenas, ya en las circunstancias más solemnes, como en las asambleas panhelénicas de Olimpia y de Delfos»⁷⁸. De esa manera puso los cimientos de una escuela sofística que había de arraigar profundamente en el suelo del pensamiento heleno.

75 Cf. NORDEN: *Die antike Kunstprosa*, I, pp. 30ss.

76 Sobre la *εὔπειρα* cf. *Fédro* 267a. Los orígenes de la retórica psicagógica de la retórica están relacionados con la distinción parmeneidea entre el mundo de la verdad y el mundo de las opiniones, distinción que surge en el centro de las corrientes pitagóricas de la Magna Grecia. La retórica en el pitagorismo primitivo está relacionada también con la imagen de la medicina, como se desprende de un fragmento de Antístenes; cf. DUEMLER, F.: *Antisthenica*, p. 27.

77 He aquí lo que dice Cecilio de Caleacte: εἶπα δὲ καὶ ἑναρμόνιος ἢ τῶν τῶν συνθεσις, CAEL. CALECT., VII, περὶ τοῦ γαρακτῆρος τῶν δέκα ῥητόρων, Suidas, I PHOTIVS, *Bibl. cod.* 259 p. 485b 14 (Ed. OFFENLOCH, Teubner, Leipzig, 1907, p. 93, 10).

78 *Les Sophistes*, Neuchâtel 1948, p. 61.

El oído delicado de los griegos, satisfecho y complacido de la forma, nunca se cansó de los juegos ingeniosos y de las combinaciones musicales que llevaba consigo la prosa elocuente de Gorgias⁷⁹. Por eso no es de extrañar que, como afirma Dupréel, «el arte del rétor siciliano hiciera en Atenas una impresión profunda. Los hombres más distinguidos acudieron a su escuela, y todos sabemos la inmensa influencia que sus modales de expresión ejercieron sobre la prosa griega»⁸⁰. Esto puede explicarnos también los procedimientos artificiosos que siempre distinguieron a la Sofística; el cuidado excesivo de la forma con el subsiguiente descuido en el fondo. Ahí radica, sobre todo, la esencia de la retórica gorgiana que no es más que una retórica epidíctica o de aparato, donde los elementos de colorido y de tono convergen en torno a los dos conceptos fundamentales: oportunidad y conformidad — *καιρός* y *πρέπον*— que tienden a armonizar el discurso con las exigencias del tiempo, del lugar y persona, y regulan la correspondencia formal entre la expresión y el asunto.

Poco nos importa si es o no de Gorgias la definición que del arte retórica leemos en Plutarco⁸¹: ὁρος ῥητορικῆς κατὰ Γοργίαν: ῥητορικὴ ἐστὶ τέχνη περὶ λόγουσ τὸ κῶρος ἔχουσα, πειθοῦσ δημιοουργὸσ ἐν πολιτικοῖσ λόγοισ περὶ παντὸσ τοῦ προτεθέντοσ πιστευετικῆσ καὶ οὐ διδασκαλικῆσ, εἶναι δὲ αὐτῆσ τὴν πραγματεῖαν ἰδίαν μάλιστα περὶ δίκαια καὶ ἄδικοα, ἀγαθὰ τε καὶ κακὰ, καλὰ τε καὶ αἰσχροῖα.

Pero es bien cierto que los sofistas en general y el rétor de Leontini en particular, en obsequio al cariz escéptico de su pensamiento, apuntado más arriba, solían tomar en todas las cuestiones dos posiciones o posibilidades de argumentación — *δυσσοὶ λόγοι* — en el sentido que cada argumento podía ser objeto de discusión y de una doble exposición. Mediante la fuerza de la palabra, *διὰ ῥώμην λόγου*, dirá más tarde el Sócrates

79 Cf. Cic.: *De orat.* III 42-43; *Orat.* 49; 52.

80 *Les Sophistes*, p. 62.

81 RADERMACHER: *O. c.*, p. 44. Cf. WALTZ, Ch.: *Rhetores Graeci* VII 33, 27. Acerca de las diferentes definiciones y divisiones de la retórica es importantísima la obra de VOLKMANN, R.: *Die Rhetorik der Griechen und Römer*, Leipzig 1885 (Existe reedición anastática: Hildesheim 1963). Nos hemos servido de la «systematischer Uebersicht» de Volkmann en diferentes puntos de nuestro trabajo.

tes de Platón, en el *Fedro*, «se consigue que las cosas pequeñas aparezcan grandes y las grandes pequeñas, y que las cosas nuevas tomen un colorido antiguo, y las viejas otro original»⁸².

Isócrates

Entre las teorías retóricas que Aristóteles incluía en su *τεχνῶν συναγωγή* se dice que estaba incluida la de Isócrates⁸³, que al decir de Jaeger personifica, como el exponente más genuino y destacado de la retórica, la antítesis clásica de lo que representaban Platón y su escuela⁸⁴. Desde ahora se desencadena una lucha sin cuartel entre la retórica y la filosofía, lucha que en sus orígenes «representa las fuerzas y las necesidades verdaderamente motrices de la nación griega, y su diálogo se desarrolla en el centro de la escena de la vida política... más aún, mirando hacia atrás nos damos cuenta de que en este torneo cobran expresión los problemas verdaderamente decisivos de la historia griega de aquella época»⁸⁵.

Isócrates deriva directamente de Gorgias y de la Sofística. En el fondo, como dice Jaeger⁸⁶, es un auténtico sofista, más aún, el hombre que viene a coronar verdaderamente el movimiento de la cultura sofística. La tradición lo presenta como discípulo de Protágoras y Pródico, y también de Gorgias; incluso se habla de Tisias y Theramenes⁸⁷.

82 *Fedro* 267a; *Apol.* 18b. La doctrina de los *δισσοὶ λόγοι* se difundirá muy pronto en el Atica. La encontramos en un fragmento de *Antiope*, de Eurípides (Fr. 189). Sobre la base de los «discursos dobles» surge la técnica «antilogica», que se convertirá en el fundamento de la retórica sofística. Es bien significativo que una de las obras principales de Protágoras tuviera como título precisamente *Antilogiae*. Sobre el contenido de esta obra cf. UNTERSTEINER, M.: *I sofisti*, Torino 1949, pp. 17-18.

83 RADERMACHER, L.: *O. c.*, B XXIV, 11. Navarre analiza muy bien la influencia de Isócrates sobre la elocuencia judicial y expone en qué consistían las enseñanzas isocrateas, cf. *Essai sur la rhétorique grecque*, pp. 177-207.

84 Cf. *Paideia*, p. 830. Acerca de Isócrates y los llamados «oradores áticos» cf. JEBB, R. C.: *The Attic orators from Antiphon to Isaeos*, New York 1962, 2 vols. La introducción comprende las pp. LXIII-CXXXVII.

85 JAEGER: *O. c.*, p. 830.

86 *O. c.*, p. 833. Sobre los sofistas tiene Jaeger un amplio y profundo capítulo en su ya citada obra, *Paideia*, cf. pp. 262-302.

87 Sobre la biografía de Isócrates ha de verse BLASS, F.: *Die attische Beredsamkeit*, Leipzig 1892, 3 vols. Contiene también datos importantes la «vida» de Isócrates, por Dionisio de Halicarnaso, y las *Vidas de los diez oradores*, en el *corpus* de Plutarco.

A pesar de las noticias que se transmiten entre los escritores antiguos, no se sabe con certeza si Isócrates escribió un tratado de retórica. Es cierto que se nos han conservado fragmentos de la pretendida *τέχνη* de Isócrates⁸⁸, pero se ha podido dudar de su autenticidad⁸⁹. Quizás las noticias de Aristóteles han llegado oralmente al través de los alumnos de Isócrates o las ha tomado de un documento compuesto por algún discípulo que lo ha podido haber difundido en la escuela de Isócrates⁹⁰. De todos modos se puede admitir la posibilidad de una verdadera *τέχνη* isocrática⁹¹, aunque como ha observado Blass, Isócrates rehuye la expresión «*techné*» por el deseo de evitar que se le confunda con los escritores sobre temas técnicos o de manuales retóricos⁹².

Isócrates cultivó de modo admirable la elocuencia epidíctica o de aparato. Para él, se da también esa duplicidad de sentido en toda argumentación, duplicidad que ya hemos visto en Gorgias, y que Isócrates va a perfeccionar con el encanto del ejercicio del arte de la palabra y con la fama de sus habilidades. Sus discursos y los elaborados por sus discípulos revelan hasta qué punto de contenido moral y filosófico, de refinamiento formal, de racionalidad y disposición de materias hubieran podido elevar los sofistas la retórica, si hubieran mitigado un poco la virtuosidad y la intemperancia de sus discursos y de sus doctrinas.

88 Cf. RADERMACHER: *O. c.*, B XXIV.

89 Cf. BLASS: *O. c.*, vol. II, p. 98.

90 Han sido muchas y variadas las opiniones acerca de la obra. Puede verse, entre otros, SPENGLER, *Τεχνῶν συναγωγή, sive Artium scriptores*, Stuttgart 1828, pp. 154ss; BLASS: *O. c.*, II, pp. 105ss.; SHEEHAN, M.: *De fide artis rhetoricae Isocrati tributae*, Bonn 1901; KROLL: *A. c.*, cc. 1049ss; ATKINS, J. W. H.: *Literary criticism in antiquity*, Cambridge 1934, 2 vols., I, pp. 129ss.

91 Cf. *Brut.* 12; *De inuent.* II 7. *Inst. orat.* II 15, 3. Un pasaje de Cicerón —*Ad Attic.* II 1— en que habla de Isócrates, parece referirse a sus preceptos más que a sus discursos. Según SPENGLER, la *Rhet. ad Heren.* debe muchísimo a la de Isócrates, cf. *O. c.*, p. 168, n. 7.

92 He aquí una observación que hace Jaeger: «Isócrates dice: ἡ πῶν λόγων μελέτη, ο παιδεία, ο ἐπιμέλεια. BLASS: *O. c.*, p. 107, cree haber observado que rehuye la expresión *τέχνη*. La razón probable de esto es, según este autor, el deseo de evitar que se le confunda con los escritores sobre temas técnicos o de manuales retóricos. Sin embargo, pasajes como *Sof.* 9-10, y *Antid.* 178, demuestran que Isócrates concebía su φιλοσοφία como una *τέχνη* *Paideia*, p. 833, n. 12.

La retórica que con tanto prestigio enseñaba Isócrates, «el más afamado discípulo de Gorgias»⁹³, estaba íntimamente ligada a la Sofística. De ahí que la moral de Isócrates sea plenamente sofística, y pretenda convencer a cualquier precio. Era preciso estudiar la ignorancia y la psicología del pueblo para acceder a sus gustos y hallar fácil camino para conseguir su plena convicción⁹⁴. Por eso dirá Platón que la retórica no vale sino para convencer al vulgo, mediante el mito⁹⁵.

Continuando el camino que había trazado Gorgias, dedicó especiales cuidados al estilo. En vez de los artificios de Gorgias, que llegaban a cansar al auditorio con la repetición de los mismos sonidos, Isócrates proclamó y cultivó una especie de simetría y balance artístico, que terminaba las frases suave y elegantemente. Se puede considerar a Isócrates como al verdadero inventor del estilo y de la prosa ática, límpida y armoniosa, rica de colorido, amplia, perfectamente equilibrada en la disposición de las partes que componen la arquitectura del período, que él perfecciona mediante los artificios ya empleados por los rétores anteriores.

Pero Isócrates no era un maestro de retórica en el sentido exclusivamente formalista, sino que se apartó de los rétores que vendían sus lecciones a precios elevados. Para él la retórica era algo más grande: formaba parte de aquella sabiduría práctica —una especie de *παιδεία*— combinada con la cultura general y que él llama filosofía. Por eso es curiosa su actitud frente a los conceptos característicos de la enseñanza de los «erísticos» que Isócrates pone en ridículo en su discurso *Contra los sofistas*. Igualmente ataca a los profesores que no se preocupan de la verdad como los filósofos, sino que practican su «techne» en el viejo sentido de esta palabra⁹⁶.

93 Cf. KROLL, W.: *Rhetorik*, en *RE Suppl.* 7, c. 1046.

94 KROLL: *Ibid.*, c. 1049.

95 PLATÓN: *Polit.* 304d; *Fedro* 276c. Sobre las relaciones entre Isócrates y Platón, cf. *Paideia*, pp. 387; 493; 524; 662-663; 679; 840-841; 853; 880; 927. Véase también TOVAR: *Aristóteles*, pp. XV-XXI.

96 He aquí la observación de Jaeger: «Tal contexto desprende claramente que Isócrates pone en cierto modo entre comillas la palabra *τέχνη* tal como la emplean estos maestros de retórica. Y lo mismo puede decirse de los pasajes en los que parodia la terminología de los socráticos», *Paideia*, p. 846, n. 52.

Con Isócrates se inicia el debate entre la elocuencia y la filosofía, o más bien trata de imponer violentamente a la elocuencia el nombre de filosofía. De todos modos, el arte de la palabra, para Isócrates, encierra esencial y necesariamente un elemento moral que ignoraban los oradores políticos *οἱ τοῦς πολιτικοῦς λόγους ὑπισχνούμενοι* ⁹⁷ y otro elemento práctico que habían despreciado injustamente los filósofos especulativos. Por lo mismo, cultivar y perfeccionar en sí el don de la palabra es formar su espíritu, su alma y su propio carácter. Para él, la elocuencia no es más que una gimnasia del alma y una propeútica para la filosofía ⁹⁸.

Hasta Aristóteles, toda la enseñanza teórica y práctica de la elocuencia permanece fiel a las tendencias que impusieron a la retórica los autores sicilianos. Podríamos decir que todos los rétores pertenecían a la misma escuela siciliana. El fin de la retórica es exclusivamente práctico, y uno de los medios más recomendados al orador es la *εὐέπειαι* ⁹⁹. Esa sola palabra resume todo un programa de escuela: la búsqueda de la belleza de la forma, el colorido y el movimiento en el estilo, el encanto de la armonía y del ritmo, el acento apasionado, el patetismo y las emociones dramáticas.

La retórica, en cuanto verdadero método científico, no podía ser fundada por los rétores. El aspecto, inmediata y exclusivamente práctico, le dominaba demasiado, y le impedía elevarse a los principios generales que regulan las aplicaciones del arte de la palabra. Esto que habían intentado en vano los sofistas no se cumplió y no se pudo cumplir más que por los filósofos. Y eso lo hizo más tarde el más grande filósofo de la antigüedad, Aristóteles, que construyó la retórica como un arte sistemático y realmente organizado ¹⁰⁰.

97 *Sof.* 9.

98 *Antid.* 19.

99 Cf. *Fedro* 267a.

100 Cf. CHAIGNET, A. Ed.: *La rhétorique et son histoire*, Paris 1888, pp. 43-44.

Platón

Para comprender en sus justos límites la actitud de Platón frente a la retórica, tal como la defendían los sofistas, tendríamos que intentar un amplio análisis de los diálogos platónicos, sobre todo el *Gorgias*. Para este análisis remitimos al lector al agudo capítulo que sobre el particular nos ofrece Jaeger en su ya citada obra, *Paideia*¹⁰¹. No hay duda de que en sus comienzos Platón considera la retórica como indigna y aun peligrosa, si no se atiende a la justicia y a la verdad. Lo que para Gorgias había sido el arte más fina y perfecta, no es para Platón sino puro engaño por no basarse en el conocimiento. Los rétores no proporcionaban al pueblo lo que les convenía, sino lo que les agradaba. Y si la retórica era un don, encerraba en sí mismo el peligro ya que con la exaltación del poder de las palabras venía la elevación del poder en sí mismo, y lo que debía ser un medio se convertía en un fin¹⁰².

Posteriormente en el *Fedro*, obra de la madurez de Platón¹⁰³, adopta una actitud menos hostil a la retórica, y hace que Sócrates exprese grandes esperanzas en el joven Isócrates, y termina el diálogo con una alabanza a Isócrates¹⁰⁴, cumplimiento que él estaba dispuesto a dar a una retórica que reconociera la superioridad de la filosofía. La retórica, al menos en parte, aceptó el punto de vista del *Fedro*, y admitió que el orador debe tener un vasto conocimiento de lo que habla¹⁰⁵.

Jaeger reconoce que «uno de los problemas más difíciles y más discutidos es el que plantea la composición del *Fedro*»¹⁰⁶. Kennedy, por su parte, no duda en afirmar que «there is little

101 Cf. «Gorgias: El educador como estadista», pp. 511-548.

102 Cf. *Gorg.* 459b-c; 463a.

103 «Hermann sitúa el *Fedro*, junto con otras obras como el *Menecsemo*, el *Simposio* y el *Fedón*, antes de la *República*, el *Timeo* y las *Leyes*, en la época que él llama el tercer período de la obra escrita de Platón. Usener y Wilamowitz defendían todavía la temprana cronología de Schleiermacher contra Hermann, aunque Wilamowitz abandonó más tarde este punto de vista. H. von ARNIM va todavía más allá que Hermann al situar el *Fedro* entre las últimas obras de Platón, en su libro *Platos Jugenddialogue und die Entstehungszeit des Phaidros*, Leipzig 1914», *Paideia*, p. 983, n. 5.

104 *Fedro* 279a.

105 *Fedro* 259e; 271d.

106 *Paideia*, p. 984.

agreement about the subject of the *Phaedrus*»¹⁰⁷. Los autores no logran ponerse de acuerdo sobre el contenido de la obra. Si bien la retórica es el tema con que se abre y se cierra el diálogo, y a ella se alude con frecuencia, encontramos también exposiciones de algunas doctrinas básicas de la filosofía platónica: el amor, la inspiración, la naturaleza del alma. A pesar de todo podemos afirmar con Kennedy: «Actually it is rather silly to insist that the dialogue is about one of these subjects and not about others; most critics agree that the whole is an admirable artistic unity»¹⁰⁸.

Por lo que a nosotros nos interesa, al final del *Fedro* encontramos la discusión que Platón expone acerca de la naturaleza de la verdadera retórica, discusión en que se incluye el examen de los manuales retóricos a que nos hemos referido anteriormente. Platón deja bien sentado que el arte de la retórica solamente se puede concebir en cuanto que sirve para la verdad, que es lo primero que debe conocer el orador¹⁰⁹. Poco más tarde exigirá la habilidad natural, perfeccionada por el conocimiento y la práctica, para el que desee llegar a ser un «perfecto orador», frase que se vendrá repitiendo luego en las escuelas tardías de retórica¹¹⁰. Incluso le impondrá el estudio de la filosofía, como condición imprescindible para adquirir la agudeza de pensamiento y la efectividad de convicciones¹¹¹.

Platón sigue admitiendo la finalidad de la retórica que habían señalado los sofistas: la persuasión del oyente. Por lo mismo el orador ha de ser maestro de psicología. Ha de ser capaz de describir el alma, sus sentimientos, sus acciones, y ha de conocer perfectamente el «impacto» que sus discursos pueden producir en cada una de las almas de sus oyentes¹¹². Aquí es donde se advierte el punto débil de la doctrina platónica de la persuasión o de la psicología retórica, que tiene sus relacio-

108 *The art of persuasion*, p. 75.

109 *Fedro* 260d.

110 *Fedro* 269d.

107 *The art of persuasion*, p. 74.

111 *Fedro* 269e. Una visión de conjunto de la «polémica anti-retórica» del *Fedro* nos ofrece PLEBE, A.: *Breve storia della retorica antica*, Milano 1961, pp. 53-62.

112 *Fedro* 271a.

nes con lo que dice en otro lugar¹¹³. Para Platón, no será preciso que el orador emplee necesariamente argumentos verdaderos en sí mismos: basta con que sean capaces de producir el convencimiento en el oyente.

Ya hemos indicado antes la importancia que en la retórica gorgiana adquieren los conceptos de *καιρός* y *πρόπον* que son un ingrediente esencial para el éxito retórico. Esto mismo es lo que ahora propugna Platón y lo que en los tratados posteriores adquirirá una importancia todavía mayor. Aristóteles, como veremos, se extenderá ampliamente en el estudio del *ethos* y del *pathos*, como partes principales de la persuasión retórica.

Ciertamente que en la segunda parte del *Fedro* hemos asistido a una innovación no pequeña en la doctrina platónica. Con el *Fedro* se incorpora al programa de la *paideia* de Platón una nueva categoría, la retórica. No quiere esto decir que la retórica sustituye a la filosofía, sino que para conseguir el programa de una formación filosófica perfecta habrá que mirar también a la educación retórica y oratoria, y esto no sin un prolongado esfuerzo, como dice él mismo¹¹⁴. Pero de todos modos la retórica, como reconoce Platón al final del diálogo, tiene por verdadera finalidad no complacer a los hombres, sino a los dioses¹¹⁵.

Pese a esta pacificación entre la retórica y la filosofía, la influencia de Platón no duró mucho. El siglo IV era la época de la oratoria, y la retórica seguía el camino de la oratoria, observando sus análisis y clasificaciones. En la práctica, la victoria está del lado de la retórica frente a la filosofía, ya que la intensa actividad del público ateniense y de los tribunales garantizaba un puesto seguro a cualquiera que profesase o

113 Cf. *Republ.* 414b.

114 *Fedro* 273e: *ἀνεὸς πολλῆς πραγματείας*. Sobre ese gran esfuerzo, o *largo rodeo* de la *paideia* platónica, cf. *República* 504b.

115 *Fedro* 273e. «El hablar para dar gusto a los hombres no es considerado sólo por Platón, sino también por Isócrates, por Demóstenes, etc., como el defecto específico de la retórica. Platón trueca este concepto en el hablar y obrar para dar gusto a dios. Lo mismo dice en las *Leyes*: que no es el hombre, sino dios, la medida de todas las cosas. Se apoya, pues, en aquel punto de la retórica en que se trasluce la concepción del mundo propia del relativismo de Protágoras y de los sofistas, un nuevo ideal del arte oratorio cuya pauta es el bien eterno», JAEGER: *Paideia*, p. 996, n. 77.

enseñase el arte de la palabra. La retórica estuvo a salvo mientras duró la democracia ateniense, y era justo que al decaer ésta muriese también la retórica junto con aquella sociedad que había alimentado su crecimiento.

La "Rhetorica ad Alexandrum"

Una de las obras más típicas que han llegado hasta nosotros de entre la enorme floración de las *téchnai* del siglo IV es la que se conoce comúnmente con el nombre de Ῥητορικὴ πρὸς Ἀλέξανδρον. El título proviene de la dedicatoria de la obra, en la que *Aristóteles* dedica la obra a su más famoso discípulo, Alejandro Magno. No se sabe exactamente a quién se debe la obra, aunque se puede precisar la época en que ha sido escrita, ya que hay una alusión, en la cap. 8, a la expedición de los corintios a Sicilia, el año 341. Algunos, apoyándose en Quintiliano¹¹⁶, han pensado en Anaxímenes de Lámpsaco, contemporáneo y maestro de Alejandro, como posible autor de la obra¹¹⁷.

La importancia de esta obra, como nota Kennedy¹¹⁸, no está en la influencia directa de la misma, que prácticamente es imperceptible, sino en el hecho que representa, mejor que otra cualquiera, la tradición de la retórica sofística. Modernamente se ha podido pensar en una influencia real del sistema isocráteo en la obra a que nos referimos. Efectivamente existen varios puntos de contacto en que concuerdan ambos autores¹¹⁹. Otros han visto un gran parecido entre la *Rhetorica* de Aristóteles y la *Rhetorica ad Alexandrum*¹²⁰. Incluso se ha

116 *Inst. Orat.* III 4, 9.

117 Cf. WENDLAND, P.: *Anaximenes von Lampsacos*, Berlin 1905. Contra la opinión de Wendland, aunque no convence plenamente, ha escrito BUCHHEIT, V.: *Untersuchungen zur Theorie des Genos epideiktikon von Gorgias bis Aristoteles*, Munich 1960.

118 *The art of persuasion*, p. 115.

119 Kennedy ofrece algunos ejemplos de estos puntos de contacto, cf. *O. c.*, pp. 115-116.

120 Cf. IPFELKOPFER, A.: *Die Rhetoric des Anaximenes*, Würzburg 1889, pp. 54-60. GOHLKE, P.: *Die Entstehung der aristotelischen Ethik, Politik, Rhetorik*, en «Sitzungsberichte der Oest. Akad. der Wissenschaften in Wien», 223, 2, 1944, pp. 117-127. Puede verse también sobre el particular TOVAR: *Aristóteles*, pp. XXXVII-XXXIX.

podido escribir que «la *Retórica a Alejandro* corresponde al momento en que Aristóteles, fuera de la tutela de su maestro, ha absorbido la enseñanza tradicional y ha confeccionado su *τεχνὸν συντακτικόν*, pero aún no ha puesto su nueva adquisición de acuerdo con la exigencia ética de Platón»¹²¹.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que existen amplias semejanzas entre la obra del Estagirita y la *Rhet. ad Alexandrum*, hasta el punto que se ha podido pensar en una fuente común para ambas obras, que se ha identificado con la *Retórica Teodectea*¹²². Nada más sencillo como establecer un paralelo entre las dos «*Rhetoricai*» para ver los puntos de contacto y las semejanzas en la exposición del tema. Kennedy se ocupa de esto; por lo cual remitimos al lector a su obra¹²³.

En este manual, se compendia la retórica en forma de preceptos, en una serie de normas. Si bien no tiene la obra pleno espíritu científico, posee, sin embargo, un cierto tinte filosófico, muy conforme con el espíritu de Aristóteles, o por lo menos que no desdice de una obra de juventud.

Aristóteles

La existencia de dos manuales completos sobre retórica, ambos de la segunda mitad del siglo IV, nos permite apreciar en toda su amplitud el contenido de la teoría retórica. La *Rhetorica* de Aristóteles nos ofrece por primera vez la elaboración de unas bases lógicas que fundamentan la problemática científica que ha de pasar más tarde a imbuir la doctrina griega y latina. Como hemos señalado al hablar de la *Rhetorica ad Alexandrum*, podemos descubrir una evolución en las doctrinas aristotélicas relativas a la retórica.

Hace tiempo se ha pensado en que la *Rhetorica* ha sido escrita en dos etapas muy diferentes. Incluso se han señalado taxativamente las partes que hay que atribuir a cada época. A una primera redacción pertenecerían el comienzo del libro

121 TOVAR: *Aristóteles*, p. XXXVIII.

122 Cf. WENDLAND: *O. c.*, p. 32.

123 Cf. *The art of persuasion*, pp. 117-124.

primero, el libro segundo a partir del cap. 18, y la segunda mitad del libro tercero¹²⁴. Jaeger ha mostrado, no hace mucho, con toda evidencia las etapas de la evolución del pensamiento de Aristóteles y así se ha hecho más fácil explicar las diferencias esenciales que existen en la obra¹²⁵.

Según las conclusiones a que se llega a la vista de los últimos estudios sobre la retórica aristotélica, hay que pensar en un diálogo, obra de juventud, sobre la retórica. Nos referimos al *Grilo*, que recuerda el homónimo hijo de Jenofonte, cuya muerte en 362 suscitó una serie de elogios, según nos refiere Diógenes Laercio¹²⁶. Lo poco que sabemos de este diálogo, lo debemos a Quintiliano¹²⁷, pero la misma referencia del rétor hispano no aclara nada. Según él, no existe unidad de pensamiento en las ideas que expresaba Aristóteles en el *Grilo* y lo que luego ha de escribir en la *Rhetorica*. Mientras en el diálogo, perdido, afirmaba que la retórica no era arte, o que no tenía un campo limitado en sí mismo, llegará a admitir, al componer la *Rhetorica*, que la técnica oratoria o retórica ofrecía materia suficiente para componer una obra, como antes lo habían hecho los rétores que ha de atacar en los comienzos de su obra.

Como buen discípulo de Platón, Aristóteles sigue pensando que los rétores no buscaban sino «agradar al pueblo, y no con buenas artes». Así se explica la actitud de Cefisodoro frente a los dos filósofos, según las noticias que nos ha conservado Eusebio¹²⁸. Cefisodoro, discípulo de Isócrates, vio en el *Grilo* un ataque directo contra sí mismo y contra su maestro. Y no hay que olvidar que, sean cuales fueren las relaciones entre Isócrates y los filósofos¹²⁹, el éxito de la escuela de Isócrates supuso probablemente un desafío contra Platón, en primer lugar, y contra Aristóteles, después, ante la postura que había

124 Cf. KANTELHARDT, A.: *De Aristotelis rhetoricis*, Göttingen 1911.

125 Cf. Aristotle: *the fundamentals of the history of his development* (Trad. ingl.), Oxford 1934.

126 DIOG. LAERT. II 55.

127 *Inst. Orat.* II 17, 14.

128 *Praepar. euang.* XIV 6, 9.

129 Cf. KENNEDY: *O. c.*, pp. 175-203; JAEGER: *Paideia*, pp. 942-943.

que tomar en torno a la naturaleza de la retórica y a la importancia que suponía para la *paideia* una educación retórica.

Como advierte Solmsen¹³⁰, aún en los tiempos maduros de Platón, el *Gorgias* seguía siendo considerado, en la Academia, como el texto definitivo contra los ideales retóricos. El diálogo platónico inicia una larga polémica que luego se ha de perpetuar en el *Grilo*, y ha de llegar hasta autores tardíos, como se desprende de los testimonios de Sexto Empírico, Cicerón y Quintiliano. La retórica, según el *Grilo*, carece de campo propio y penetra en el dominio de las otras ciencias con intención de persuadir; y, como ya venía repitiendo toda la retórica antigua, se limitaba a lo verosímil —la *δῶξα* que dirá Aristóteles— y no a la verdad. Además no olvidará el diálogo aristotélico que la moralidad de la retórica es nula, en cuanto que pretende poder defender dos opiniones opuestas sobre cualquier punto.

Entre la composición del *Grilo* y la redacción de la *Rhetorica*, hay que colocar una etapa intermedia en la que esboza algunas de las ideas que luego ha de introducir en la *Rhetorica*. De todos modos, es ya claro que para Aristóteles la retórica se puede considerar como un arte. Tal vez se puede ver en las ideas aristotélicas un punto de partida platónico, pero con algunas influencias de los sofistas.

Como observa certeramente Kennedy¹³¹, la *Rhetorica* es el resultado de tres estadios o escalones, cuyo orden no es fácil precisar con exactitud. Con los riesgos naturales que se corren al querer establecer las fechas de las diferentes obras retóricas de Aristóteles, podremos señalar, como probables las siguientes:

130 Cf. *Die Entwicklung der aristotelischen Logik und Rhetorik*, Berlin 1929, p. 201. De entre la gran bibliografía acerca de la *Rhetorica* de Aristóteles, queremos indicar el reciente volumen de STARK, R.: *Rhetorika. Schriften zur aristotelischen und hellenistischen Rhetorik (Herausgegeben von...)* Hildesheim 1968. En esta obra se han recogido diferentes trabajos, publicados ya con anterioridad en varias revistas. Entre ellos, señalamos: MARX, Fr.: *Aristoteles' Rhetorik*, pp. 36-124; KANTELHARDT, A.: *De Aristotelis Rhetoricis*, pp. 124-184; ANGERMANN, O.: *De Aristotele rhetorum auctore*, pp. 212-285; SOLMSEN, Fr.: *The Aristotelian tradition in ancient Rhetoric*, pp. 312-350.

131 *The art of persuasion*, p. 84.

1. Aristóteles llega a Atenas en 367, poco después que Platón ha escrito el *Teeteto* y el *Fedro*. Hasta la muerte de Platón, parece que no escribe sino diálogos «platónicos», entre ellos el *Grilo* que era quizás más contrario a la retórica que el *Fedro*. Probablemente comenzó a enseñar retórica durante la última fase de su primera estancia en Atenas.

2. Lo más valioso de su preparación y composición sobre la *Rhetorica* seguramente fue hecho en Macedonia —342-335—, lo que explicaría que Isócrates es citado con frecuencia, mientras Demóstenes es virtualmente ignorado.

3. La parte que trata del estilo en la *Rhetorica* siguió a la redacción del *Arte teodectea*, publicado posiblemente poco después de la muerte de Teodectes, a mediados del año 330, ya que otras obras aristotélicas que tienen como título el nombre de una persona, como el *Grilo* y *Eudemo*, guardan mayor o menor relación con la muerte de la persona cuyo nombre ostentan.

4. El estadio final de la *Rhetorica* fue terminado durante la segunda estancia de Aristóteles, en Atenas, alrededor del 330. El último acontecimiento histórico a que se refiere es, con toda verosimilitud, la «paz general»: τὸ μετέχειν τῆς κοινῆς εἰρήνης, *Rhet.*, II, 23, 1399b. Tovar nota, siguiendo en ello a Spengel, que el pasaje es de interés para la fecha de la obra: correspondería a la situación de Grecia inmediatamente después de Queronea (a. 338). O bien tendría que ver con un discurso de 335¹³².

5. Es posible que al «editar» el pensamiento retórico de Aristóteles fue continuado por sus discípulos después de su muerte¹³³.

En lo que se refiere al contenido doctrinal, descubrimos en la *Rhetorica* tres fuentes o tres grupos doctrinales que representan esos tres estadios a que antes hemos aludido. Frente a la teoría sobre el entimema y el ejemplo, que constituyen las dos formas de la prueba lógica, Aristóteles reconoce la conclusión lógica que Platón ofrece sobre la retórica en el *Fedro*,

132 *Aristóteles*, p. 179, n. 147. Véase también lo que dice en la p. XXXIV.

133 Cf. *The art of persuasion*, p. 84, n. 73.

y a ella añade la importancia del *ethos* y del *pathos* en los argumentos lógicos, como medios de la persuasión retórica. Y a todo esto, añade la doctrina sobre el estilo y la disposición que constituye el tema del libro III, que es la parte más semejante a las doctrinas tradicionales de la retórica¹³⁴.

Ya con Aristóteles podemos hablar de la retórica como de una verdadera arte, una τέχνη, en sentido preciso. Es el mismo autor quien lo afirma: es un arte, pero un arte de características especiales; no una ciencia, con su propia materia, sino una disciplina semejante a la dialéctica, y como ella indiferente a la verdad de sus propias conclusiones. La retórica de Aristóteles es una τέχνη una actividad creadora del espíritu, una búsqueda especulativa. La τέχνη no es ciencia ἐπιστήμη pero formula las leyes y las reglas de la creación — ποίησις — y guía con su método nuestra facultad creadora. Es al mismo tiempo τέχνη θεωρητική y τέχνη ποιητική.

No al acaso definió Aristóteles la retórica como Δύναμις περὶ ἕκαστον τοῦ θεωρῶσαι τὸ ἐνδεχόμενον πιθανόν¹³⁵. Es una facultad o, como luego la definirá Quintiliano: *uis inueniendi omnia in oratione persuasibilia*¹³⁶, una virtud para descubrir y discernir en cada caso lo que conduce a la persuasión, Aristóteles ha sabido crear una τέχνη científica, filosófica y práctica, en la que ha logrado dar cabida a elementos vivos de la tradición retórica y de la escuela sofística, dentro de una marcada personalidad.

El espíritu de la *Rhetorica* de Aristóteles es principalmente objetivo y científico; aunque no hemos de perder de vista que,

134 El proemio al libro II de la *Rhetorica* señala el paso de la retórica antigua a la nueva, de Aristóteles. Se caracteriza por la introducción de las «pasiones» como argumento determinante de la técnica retórica. Cf. SOLMSEN, F.: *O. c.*, p. 223. El vocablo «ethos» no significa solamente «carácter», sino actitud, moralidad. E igualmente «pathos» no es *pasión* en su puro significado de ardor emotivo, sino que implica todo el mundo de la irracionalidad emocional. Dodds ha precisado bien el contenido de este término: «Los griegos habían sentido siempre la experiencia de las pasiones como un hecho misterioso y pavoroso cuya fuerza experimentamos en nosotros como algo que nos posee y que no podemos dominar», *I greci e l'irrazionale* (Trad. ital.), Firenze 1959, p. 222.

135 *Rhet.* I 1, 1354a; I 4, 1359b; *Rhet.* I 2, 1355b.

136 *Inst. orat.* II 15, 13.

según la tradición ¹³⁷, él mismo fue también maestro de retórica, y por lo mismo no podía estar ajeno al aspecto práctico de la misma. A pesar de los conocimientos tradicionales que ha introducido en su obra, se advierte una concepción personalísima: efectivamente, la función de la retórica ya no es persuadir sino considerar todos los elementos que pueden contribuir, en cada caso, a la persuasión ¹³⁸. No se detiene en la superficie sino que llega hasta las fuentes mismas de la persuasión. Investiga la forma característica de la prueba retórica ¹³⁹, y trata particularmente del ἔθος y del πάθος dos elementos que, para él, tienen la misma importancia que la demostración. De esta manera de concebir la retórica surge el parecido con la dialéctica, por una parte, y con la ética y la psicología, por otra ¹⁴¹.

La retórica helenística

Durante la época helenística, la teoría de la retórica que ha conocido un período de plenitud en sus líneas generales, va aumentando progresivamente hasta adquirir un sistema detallado. Este sistema, junto con los ejercicios prácticos ocupa el puesto central en la *paideia* secundaria y superior. Se apunta con esto al triple estadio que posteriormente ha de recorrer toda persona que quiera alcanzar el «culmen» de la educación: gramática, retórica y filosofía, que ocupaba el pináculo del sistema educacional —ἐγκύκλιος παιδεία— en el primer período helenístico. Era el filósofo el que se encargaba de dar los últimos toques al que aspiraba a la perfección en la *paideia*. De todos modos, conocida la importancia de la retórica cuya posibilidad había ya reconocido Aristóteles,

137 Cf. DIOG. LAERT. V 3; CIC.: *Orat.* 46. Cf. MARTIN, T.: *Grillius: Ein Beitrag zur Geschichte der Rhetorik*, Paderborn 1927.

138 *Rhet.* I 1, 1355b: οὐ τὸ πείσαι ἔργου αὐτῆς, ἀλλὰ τὸ ἰδεῖν τὰ ὑπάρχοντα πιθανὰ περὶ ἕκαστον.

139 *Rhet.* II 22, 1396a.

140 *Rhet.* II 1, 1377b-1378a; II 13, 1388b-17, 1391b; III 7, 1408a. Cf. *Inst. orat.* VI 11, 8.

141 *Rhet.* I 2, 1356b-1357a.

siguiendo en ello las últimas experiencias pedagógicas de Platón, casi todas las escuelas de filosofía incluían ejercicios retóricos en sus programas y algunos llegaron a desempeñar la dirección en la práctica oratoria¹⁴². Tal vez el interés que demuestran los filósofos por la retórica y el arte de la persuasión puede haber sido motivado también por la necesidad de una literatura filosófica popular que trataba de buscarse adeptos¹⁴³.

La literatura retórica que aparece a partir de la muerte de Aristóteles no pasa de ser, en términos generales, comentarios o explicaciones de algún lugar oscuro de la *Rhetorica*. Se limitan a sistematizar lo que ya había expuesto el maestro o se ocupan de temas que ya había señalado. De entre los autores de más relieve e importancia —nos referimos a los inmediatos sucesores de Aristóteles— hay que destacar a Teofrasto y, en segundo lugar, a Demetrio.

Aparte de las obras que se nos ha conservado de Teofrasto, Diógenes Laercio¹⁴⁴ nos habla de otras obras que tratan de la retórica: *Sobre el entimema*; *Epiqueiremes*, 2 libros; *Arte de la retórica*, etc.

Siempre según las noticias de Diógenes Laercio¹⁴⁵, pronunció diferentes discursos, y dio especial interés a la técnica del discurso; tenía también especial cuidado en el aseo y presencia de su persona y en los gestos y accionados.

La influencia de Teofrasto se manifiesta, sobre todo, en el estilo y en la declamación, en lo que sigue de cerca las teorías que había expuesto Aristóteles. Por lo que se desprende de la lectura de Cicerón, sabemos bastante de su obra *Sobre el estilo*¹⁴⁶. Es fácil seguir las huellas de Teofrasto en las obras de Cicerón, como lo hace Kennedy; por no ser de este lugar establecer un paralelismo entre esos dos autores, remitimos al lector a las comparaciones que ofrece el citado autor¹⁴⁷.

142 Cf. KENNEDY: *O. c.*, pp. 264-273, con una amplia bibliografía sobre el particular.

143 *The art. of persuasion*, p. 272.

144 DIOG. LAERT. V 42; 47-49.

145 DIOG. LAERT. V 37.

146 Cf. *Orat.* 79; *De orat.* III 37, 33; *Inst. orat.* VIII 1-11.

147 Cf. *The art of persuasion*, pp. 274-282.

Se ha notado que la decadencia de las ciudades griegas, que sigue al predominio de Macedonia y a las conquistas de Alejandro, encuentra sus repercusiones en la retórica. Cuando Atenas pierde la supremacía y la libertad, y con ellas el apoyo de la elocuencia civil, se reduce la oratoria judicial a un simple oficio de los abogados, mientras que la oratoria forense choca muy pronto con el poder de Filipo y de Alejandro. En esta época de relativa monarquía absoluta —en la medida que lo permite la autonomía de las ciudades— el poder de los oradores es muy limitado, y es muy difícil mantener el prestigio y la gran importancia que la retórica había adquirido en tiempos de los Sofistas. La oratoria tiende a alejarse de los negocios públicos y se convierte en un elegante adorno, en vez de una poderosa arma para la política y los tribunales.

Le toca vivir en esta época a un distinguido discípulo de Teofrasto, llamado Demetrio de Falerón. Diógenes Laercio nos lo presenta como hombre de estado, orador, hombre de letras y maestro en el sentido que contaba con un grupo de admiradores que escuchaban sus lecciones¹⁴⁸. De sus obras retóricas sabemos muy poco. Quizás lo más importante de su producción retórica está contenido en una obra *Sobre el estilo* Περὶ ἐπιτηρίας, de cuya autenticidad y paternidad se ha ocupado la crítica moderna, que no considera dicha obra de Demetrio¹⁴⁹. La obra presenta un afán de crítica, más bien que una aportación efectiva a la retórica. Su autor aparece abiertamente interesado por la composición y redacción de la filosofía, de la historia y de la oratoria. Y el fondo de la obra, como hemos señalado más arriba, se reduce a la teoría del estilo tal como se enseñaba en las escuelas de retórica.

La influencia de los Peripatéticos, como se advierte en la discutida obra *Sobre el estilo*, de Demetrio de Falerón, se deja notar más que la de otros filósofos en las doctrinas retóricas. Quizás les siguen en lo que a influencia se refiere, los

148 DIOG. LAERT. V 75. WEHRLI, F.: *Die Schule des Aristoteles*, Basel 1949, recoge algunos de los fragmentos de Demetrio, cf. pp. 34-36. Cf. también GRUBE, G. M. A.: *A Greek critic: Demetrius on style*, Toronto 1961.

149 Sobre la autenticidad de esta obra, cf. GRUBE: *O. c.*, pp. 39-50.

estoicos¹⁵⁰. A este respecto son curiosas las noticias que nos han conservado Cicerón y Quintiliano¹⁵¹. En términos generales, el sistema retórico que enseñan los estoicos es, sustancialmente, el mismo que encontramos en los sistemas de Teofrasto y otros. Así se desprende de una observación que nos conserva Diógenes Laertes¹⁵².

Los estoicos se manifiestan también en las doctrinas que aparecen entonces sobre la gramática, en una época en que los diferentes dialectos están desapareciendo para dejar paso a una lengua común. Son los tiempos de las controversias entre los *anomalistas* y los *analogistas* que se disputan la supremacía en la orientación de los estudios gramáticos, y de resbalón en la misma retórica¹⁵³. La gramática estoica ha dado origen a la teoría de los tropos, que es mencionada expresamente en un tratado retórico, en el *Bruto*¹⁵⁴. El origen de los tropos se relaciona, en las doctrinas de los estoicos, con el origen de las palabras. Igualmente podemos señalar un origen estoico a la diferencia entre figuras de pensamiento y figuras de dicción, y de alguna manera lo que se refiere a los juegos de palabras. La influencia de las doctrinas estoicas en el desarrollo de las figuras, con sus múltiples divisiones y subdivisiones, ha sido objeto de recientes estudios que señala Kennedy en su obra¹⁵⁵.

150 Cf. sobre este punto STRILLER, F.: *De Stoicorum studiis rhetoricis*, en *Breslauer philolog. Abhandlung* I, Breslau 1886; KROLL: A. c., c. 1081: advierte este autor que hay cierta tendencia a atribuir a los estoicos diferentes afirmaciones, sin poder probar críticamente.

151 El *De finibus* de Cicerón nos ofrece una amplia información sobre las doctrinas estoicas. Otras referencias a los estoicos pueden verse en: *De orat.* I 229; *Brut.* 114-118; *Orat.* 69; *Brut.* 185; *De orat.* I 83; III 65; *Orat.* 113; *Brut.* 69; *Orat.* 93; *Inst. orat.* X 1, 84; III 5, 2; XII 1; II 15, 38; II 15, 34; III 1, 15; VIII 6; IX 1, 1ss.; IX 3, 2.

152 DIOG. LAERT. VII 42.

153 Sobre esta oposición entre analogistas y anomalistas cf. HENDRICKSON, G. L.: *The "De analogia" of Julius Caesar: its occasion, nature, and date, with additional fragments*, en *Classical Philology* 1 (1906) pp. 97ss.; COLSON, F. H.: *The grammatical chapters in Quintilian*, en *Clas. Quarterly* 8 (1914) pp. 33ss. Cf. AMMON, G.: *Apollodoreer und Theodoreer*, en *Blätter für das Bayer. Gymnasialschulwesen*, Bd. 27, 1891, pp. 231-237; MARIN, D.: *Apollodorei e Teodorei I: Storia della controversia*, en *Annal. della Fac. di Lett. e Fil.*, Bari 1960, pp. 3ss.; PIDERIT, C. W.: *De Apollodoro Pergameno et Theodoro Gadarensi rhetoribus*, Marburg 1842.

154 *Brut.* 69.

155 Cf. O. c., p. 299.

Asianismo y aticismo

Dentro de la historia de la retórica y, en general, de la lengua griega y de su literatura, tienen una gran importancia estos dos movimientos literarios. De todos modos no hay que creer que el asianismo, al menos, sea un movimiento consciente o que los asianistas hayan constituido una escuela, o a ellos se deba parte de las teorías retóricas de otros movimientos. Sea lo que fuere, según los críticos del primer siglo a.C., hemos de considerar al Asianismo como la evolución más importante de la primera retórica helenística. Y al Aticismo como una reacción lógica de esa moda.

En el siglo III sigue su evolución normal la retórica. Y desde Atenas, en donde se había conservado la oratoria declamatoria en forma de discursos epidícticos y panegíricos, pasa a las florecientes y populosas ciudades del Asia Menor, inmensamente ricas y en las que el nuevo orden de cosas ofrece más facilidades para los que pretenden sobresalir en la elocuencia. Se advierten cambios en la dicción y en el ritmo en relación con los modelos del siglo IV. En este aspecto han ido influyendo poco a poco las doctrinas teóricas de Teofrasto y Demetrio sobre el estilo y la dicción, que han constituido la parte fundamental de la retórica postaristotélica. La misma naturaleza de la educación retórica, frente a la formación puramente filosófica, las condiciones de la oratoria que hemos señalado, y la evolución misma de la lengua griega se aúnan para producir, conjuntamente, este fenómeno típico de la literatura griega.

A este respecto son de especial interés las noticias que nos ha conservado Cicerón en el *Brutus*. Nos habla de los dos centros en que florece el asianismo: Asia Menor y la Isla de Rodas¹⁵⁶. En el *Orator*¹⁵⁷ se refiere a las ciudades de Caria, Frigia y Misia como escenario de una oratoria popular que adopta un estilo o género de dicción *aptum suis auribus optimum quoddam et tamquam adipatae dictionis genus*, estilo

156 *Brut.* 51.

157 *Orat.* 25.

que nunca aprobaron los Rodios, y mucho menos los atenienses que lo reprobaron por completo. «Protestantism in art, superficiality, ages of luxury, intellectual anergy, a habit of dabbling in philosophy, the mild climate of the Eastern Aegean conspired to produce a softness and hollow pathos in Asiatic character that was re-echoed in Asiatic eloquence»¹⁵⁸.

Cicerón nos transmite las dos clases de asianismo, por lo menos tal como los veían sus contemporáneos. El uno es *sententiosum et argutum, sententiis non tam grauibus et seueris quam concinnis et uenustis*; el otro es descrito así: *non tan sententiis frequentatum quam uerbis uolucres atque incitatum... nec flumine solum orationis, sed etiam exornato et faceto genere uerborum*¹⁵⁹.

Como reacción frente a los excesos estilísticos del asianismo brota un nuevo movimiento que se llama a sí mismo *Aticismo*, ya que busca sus modelos de entre los oradores áticos del período clásico¹⁶⁰. Se contenta con acudir a los modelos antiguos, en vez de tratar de producir algo nuevo: supone un arcaico retorno a la lengua, al estilo, al ritmo del período clásico, como nos informa Cicerón, una de las principales fuentes sobre el particular¹⁶¹.

Aparte de lo que supone de oposición y reacción, podemos descubrir en el Aticismo algunas influencias que contribuyeron al nacimiento de ese movimiento. Norden ha observado que han tenido gran parte los gramáticos que han querido establecer la pureza de dicción y del lenguaje. La crítica textual que se imponen los gramáticos helenísticos, junto con el trabajo de catalogar los textos para las librerías de Alejandría y de Pérgamo, pudieron convencerles de la posibilidad de establecer unas listas de autores «clásicos», al mismo tiempo que de la oportunidad de fijar unos cánones en los diferentes géneros literarios¹⁶².

158 CAMPBELL, J. M.: *The influence of the Second Sophistic on the style of the sermons of St. Basil the Great*, Washington 1922, p. 7.

159 *Brut.* 325.

160 *Brut.* 284ss.; *Orat.* 23ss.

161 Puede verse KROLL: *A. c.*, c. 1105.

162 Cf. *Die antike Kunstprosa*, pp. 149-152.

Wilamowitz ha pensado también en la influencia de los filósofos¹⁶³. El clasicismo está ya implícito en el uso que Teofrasto hace de Gorgias, de Trasímaco, Tucídides, Platón y otros como modelos de estilo: al escoger estos autores, Teofrasto sugiere que el nivel literario estaba decayendo. Lo mismo cabe pensar de la postura de Demetrio en su obra *Sobre el estilo*. Además el concepto platónico de una retórica filosófica, que aparece en este tiempo, y el creciente interés por los escritos de Aristóteles y por la revalorización de los ideales sofísticos, como se ve en la influencia de Isócrates, contribuyeron a extender la idea de que los más grandes escritores y pensadores habían vivido en los siglos v y iv, y a ellos había que volver.

Junto con estas influencias hemos de tener en cuenta lo que han podido pesar en este movimiento las escuelas profesionales de retórica. En términos generales, se consideraba que la habilidad retórica era el resultado de las dotes naturales, del estudio de las reglas y del ejercicio práctico. En las escuelas griegas —sobre todo en la época helenística— se da mayor importancia a las reglas y se somete al alumno a toda una serie de ejercicios. Y para estos ejercicios, los rétores buscan sobre todo los modelos entre los oradores áticos. Se desarrolla toda una teoría sobre la imitación —μίμησης que en modo alguno habrá que confundir con lo que habían enseñado sobre el particular Platón y Aristóteles¹⁶⁴.

Hermágoras de Temnos

Los rétores de la edad helenística son hombres de escasa magnitud. Un reducido círculo de profesionales disputa entre

163 Cf. *Asianismus und Atticismus*, en *Hermes* 35 (1900) pp. 1-52. Ese trabajo ha sido incluido ahora en el vol. *Rhetorika. Schriften zur aristotelischen und hellenistischen Rhetorik* (Herausgegeben von Rudolf STAHL) Hildesheim 1968, pp. 350-401 (Se trata de una edic. anastática).

164 Sobre el concepto de imitación en la antigüedad cf. McKEAN, R.: *Literary criticism and the concept of imitation in antiquity*, en *Modern philology* 34 (1936) pp. 1-20; CLARK, D. L.: *Imitation: theory and practice in Roman rhetoric*, en *Quarterly journal of speech* 37 (1951) pp. 11-25. El estudio más reciente sobre el particular es el de KOLLER, H. von: *Die Mimesis in der Antike*, Berna 1954: en las pp. 233-234 recoge una selecta bibliografía sobre el tema.

sí la teoría de la retórica. En medio de la vaciedad que caracteriza a casi toda la retórica postaristotélica, podemos distinguir un rétor que demuestra alguna originalidad o que manifiesta cierto poder intelectual dentro del limitado campo de la retórica de entonces. Nos referimos a Hermágoras de Temnos, que florece en la mitad del siglo segundo a.C. Es probable que fue maestro de retórica, y posteriormente expuso todo su complicado sistema en una obra que se nos ha perdido ¹⁶⁵.

De todos modos este sistema hemagóreo puede ser reconstruido de alguna manera gracias a las citas específicas que encontramos en autores posteriores, y en virtud de la amplia influencia que se evidencia al tener en cuenta estas citas. Y esto, lo mismo en los tratados griegos como en los latinos ¹⁶⁶. Como en casos semejantes, son Cicerón y Quintiliano los que nos ofrecen una más amplia información sobre el tema. Se ha notado en su obra la presencia y el influjo de la lógica estoica, junto con las enseñanzas de Aristóteles y Teofrasto, si bien Hermágoras no puede adscribirse a una escuela determinada, no solamente filosófica, pero ni retórica, siquiera.

Hermágoras es el primero en introducir en su retórica problemas más altos, ético-políticos, jurídicos, de interés general, junto con algunos problemas teóricos, sin relación alguna con casos prácticos ¹⁶⁷. Las cuestiones políticas de Hermágoras comprenden las *θέσεις* y las *ὑποθέσεις*. Las escuelas de

¹⁶⁵ A pesar del tiempo que ha transcurrido desde su publicación, siguen siendo obras imprescindibles para el estudio de Hermágoras las de THIELE, G.: *Hermagoras: Ein Beitrag zur Geschichte der Rhetorik*, Strasbourg 1893; y JAENEKE, W.: *De statuum doctrina ab Hermogene tradita*, Leipzig 1904. Recientemente se ha publicado un extenso trabajo en que se ponen al día los conocimientos sobre Hermágoras; nos referimos a MATTHES, D.: *Hermagoras von Temnos 1904-1955*, en *Lustrum* 3 (1958) pp. 58-214 (extensa documentación y exhaustiva bibliografía). Casi al mismo tiempo, pero sin tener en cuenta la obra de Matthes, apareció el trabajo de NADEAU, R.: *Classical systems of "states" in Greek: Hermagoras to Hermogenes*, en *Greek, Roman and Byzantine studies* 2 (1959) pp. 51-71.

¹⁶⁶ Cf. MATTHES: *O. c.*, pp. 81-89.

¹⁶⁷ Las «cuestiones políticas» de Hermágoras comprenden todo lo que de alguna manera tiene relación con el ciudadano, con la «polis».

¹⁶⁸ En Cicerón encontramos varias traducciones de las *θέσεις* de Hermágoras. «Genus infinitum», *Part. orat.* 18, 61; «Infinita, communis, perpetua quaestio», *De orat.* I 31, 141; III 28, 109; *Brut.* 322; *Orat.* 126; «Infinitae rei quaestio», *De orat.* I 138; «Vaga et libera et late patens quaestio», *De orat.* II 67. Las *ὑποθέσεις* son lo contrario, y así las vemos traducidas por «Genus

filosofía habían empleado en algunas ocasiones estas «thesis» como ejercicios de adiestramiento, pero es Hermágoras el primero que las propone a los estudiantes de retórica. No sabemos si Hermágoras quiso rehabilitar la retórica atribuyéndole temas o ejercicios que hasta entonces habían sido exclusivos de la filosofía. De todos modos, pese a los nobles intentos del autor y a sus valiosas experiencias doctrinales, la retórica siguió empobreciéndose en su contenido originario.

De la reconstrucción que resulta de los textos de Cicerón y otros, se deduce que la retórica, para Hermágoras, es un arte, cuyas reglas pueden ser aprendidas. El mismo Hermágoras ha descubierto y expuesto casi todas las leyes retóricas. Los manuales de retórica adquieren con él su más completa perfección, dentro del sistema tradicional, si bien Cicerón y Tácito no dejan de descubrir en su situación una pesadez y esterilidad extraordinarias¹⁶⁹. No hay que negar la gran influencia que ejerce en la retórica posterior e incluso en la legislación romana, como ha señalado Stroux¹⁷⁰.

Pese a los reparos que se han podido poner al sistema hermagórico, tales como su excesivo afán por las divisiones y subdivisiones, lo irreal de los ejemplos que propone, lo absurdo de las situaciones en que coloca a sus personajes, etc., hemos de reconocer que ha logrado una elaboración definitiva y sistemática de la *inuentio*, que encontraremos en los primeros tratadistas latinos. Al mismo tiempo ha logrado construir un sistema de una gimnasia mental excelente: podríamos definirlo como una ascética del entendimiento.

Y a partir de él, los estudios de retórica se convirtieron en lugares comunes. Es la época de los *rhetores minores*, en gran parte compositores de ejercicios preparatorios — *προγυμνάσματα* donde ellos no han hecho más que pulir, como en otras tantas oficinas o talleres de retórica, las armas del antiguo saber. No podía ser de otra manera, ya que los hombres

definitum»; «Quaestio finita»; «Causa o controuersia finita»; etc. Puede verse THROM, H.: *Die Thesis: Ein Beitrag zu ihrer Entstehung und Geschichte*, en *Rhetorische Studien* 17 (1932) Paderborn.

¹⁶⁹ *Dialog*. 19 3.

¹⁷⁰ Cf. STROUX, J.: *Römische Rechtswissenschaft und Rhetorik*, Postdam 1949, pp. 23-27.

de entonces se han dado cuenta de la inutilidad de los estudios teóricos, y se limitan al aspecto práctico de las cuestiones. Y en lo que se refiere a la retórica poco nuevo se podía decir sobre el aspecto puramente teórico.

Esta sería la gloria de Hermágoras: haber sabido ofrecer a los políticos romanos medios eficaces y seguros para sus luchas. Y, según nos dice Quintiliano, el ejemplo de Hermágoras fue seguido muy pronto por otros retóricos que vieron en ello el modo de alcanzar la inmortalidad de la gloria y de la fama.

LA RETORICA EN ROMA.

Al tratar aquí de la retórica latina, no queremos establecer una relación de oposición con la griega. Más bien deberíamos hablar de una continuación de los elementos griegos en el suelo romano, como se ve claramente en lo que se refiere a las doctrinas de los últimos autores griegos y las corrientes literarias de Grecia que se introducen en Roma. En todas las manifestaciones culturales de ambos pueblos, como advierte Rostagni, «tanto Grecia como Roma son partes, no sólo indispensables sino de alguna manera inseparables, de una complejiva creación espiritual, que es la cultura del mundo clásico antiguo. Esta cultura se irradia desde Grecia y el Oriente helénico hacia Occidente. Y en este Occidente romano y romanizado, encuentra el terreno de su más maduro y progresivo desarrollo»¹⁷¹.

La introducción de la retórica griega en Roma encuentra los mismos obstáculos que la gramática. Esta, desconocida al principio, se incorpora a la cultura latina en la primera mitad del siglo II a.C.¹⁷². En aquel entonces el horizonte cultural de Roma se iba abriendo y se podía pensar en establecer contactos con la cultura griega, influenciada notablemente por las corrientes sofísticas. Roma sentía la necesidad de establecer un cambio en los programas. La que hasta poco antes había sido

171 *La lett. di Roma repubblicana ed august.*, Bologna 1939, p. 5.

172 Cf. SVET.: *Rhet.* 1.

el centro de un pequeño grupo de ciudades itálicas, se convirtió en la metrópoli del mundo. Además, según se desprende de un texto de Cicerón, egregios representantes de la oratoria griega vieron en la nueva y floreciente república romana campo abierto para sus ocupaciones y la práctica de su profesión.

Es curiosa la actitud de los romanos ante la posible asimilación de la cultura griega. Hasta los más filo-helenos, como Escipión el Joven, encontraron absurda gran parte de las tradiciones de los gimnasios griegos¹⁷³. Pero sobre todo es bien conocida la postura de Catón que fue quien abrió violentamente las hostilidades con cuanto sonara a griego¹⁷⁴. El día en que la *Graecia capta ferum cepit uictorem*, al decir de Horacio¹⁷⁵, se formó, dentro del «latín salvaje» invadido por las artes y la civilización helénicas, una coalición revolucionaria contra las ideas y las costumbres nuevas. El manifiesto del partido de la oposición se podría resumir en esta frase que nos ha conservado Tito Livio: *Castigare noua flagitia et priscos reuocare mores*¹⁷⁶.

Al igual que la embajada de Gorgias en el año 427 para solicitar ayuda de los atenienses marca el principio del reinado de la retórica en Grecia, la llegada de Crates de Malos a Roma supone el principio del predominio de la retórica griega en tierras itálicas. Es curioso observar que es el mismo año en que murió Ennio cuando se produce la venida de ese otro extranjero, cuya influencia personal no pasaba de ser mediocre. Crates de Malos, el más distinguido de la escuela de Pérgamo, famoso como gramático y como orador brillante, llega a Roma al frente de una embajada del rey de Pérgamo, probablemente el año 168. Por haberse roto una pierna, tuvo que permanecer en Roma más tiempo que aprovechó para pronunciar discursos públicos sobre literatura, gramática y retórica griegas¹⁷⁷. El éxito fue enorme. Mientras las lecciones de Livio Andrónico y de Ennio y tal vez de Espurio Carvillo

173 CIC.: *De republ.* IV 4; *Tusc. disp.* IV 70.

174 PLVT.: *Cato maior* 3.

175 HOR.: *Ep.* II 1, 156.

176 LIV.: XXXIX 41. Cf. SEN.: *Ep.* 87, 9.

177 SVET.: *Gram.* 2.

tenían un carácter elemental y se limitaban a unos pocos textos, las conferencias de Crates de Malos señalan ya el predominio de la erudición helenística. Además señalaban bien a las claras el interés de la oposición entre los analogistas y los anomalistas ¹⁷⁸.

Suetonio nos refiere que el año 161 el senado ordenó al pretor Marco Pomponio que expulsara a los filósofos y a los rétores de Roma ¹⁷⁹. El decreto declaraba sencillamente: *Romae ne essent* ¹⁸⁰. Este decreto nos descubre la concepción romana con respecto a la filosofía y a la retórica. Para el senado eran una misma cosa, al menos en cuanto eran enseñadas por maestros griegos, que empezaban a influir «peligrosamente» en el pensamiento latino. Y es que la mayoría de los romanos estaban de acuerdo con el Censor respecto a la filosofía. Poco antes del 161, bajo el consulado de L. Postumio se expulsó de la ciudad a dos epicúreos, un cierto Filisco y Alceo ¹⁸¹, poeta epigramático temible por su humor sarcástico, y a quien se le echaba en cara que corrompía la juventud ¹⁸².

Tal vez en el decreto del 161 no haya enemistad contra la retórica, en cuanto disciplina mental y gimnasia del espíritu, pero no se podía admitir que fueran precisamente griegos quienes la enseñaban. Por otra parte, la postura intransigente de Catón es harto conocida y no es difícil pensar que tal vez se debió a él la moción del senado contra los filósofos y los rétores griegos.

Catón sentía una verdadera aversión, un horror sagrado por las novedades que venían de las Islas del Egeo. Tenía miedo a los médicos griegos a los que habría deseado desterrar de Roma. Y no le eran más simpáticos los filósofos y los eruditos que ansiaba vivamente ver alejados junto con los filósofos de toda influencia cultural propiamente latina. La hosti-

178 Cf. SANDYS, J.: *A History of classical scholarship*, Cambridge 1906, 2.ª ed., vol. I, pp. 156-158.

179 SVET.: *Rhet.* 1.

180 *Ibid.*

181 ATHEN.: XII 547a.

182 *Anth. Pal.* 7, 247; *Anth. Plan.* 1, 5; POLIB.: 32, 6. Sobre esto puede verse BESANÇON, A.: *Les adversaires de l'Hellénisme à Rome pendant la période républicaine*, Lausanne 1910, pp. 108-123.

lidad de los romanos del siglo II frente a la filosofía se traduce no sólo en las medidas del senado, sino que aparece igualmente en los escritores populares, incluso en los que no podían renegar de su amplia cultura filosófica.

Ante la imposibilidad de realizar sus deseos, y para alejar a su hijo de la influencia de los innovadores, Catón reunirá para él una antología de conocimientos indispensables para la vida. Todos ellos responden a la índole y al carácter del hombre romano. Nos han llegado dos fragmentos de su *arte oratoria*¹⁸³. Se trata de frases que han pasado luego a las antologías de todos los tiempos: *Orator est, Marce fili, bonus uir dicendi peritus*; y *Rem tene, uerba sequentur*. No pasan de ser simples consejos prácticos que luego irán repitiendo todos los tratadistas de retórica.

La oposición de Catón y el senadoconsulto del 161 no consiguieron nada. La presencia de los profesores griegos debió de seguir como antes. No sabemos desde cuándo estaban ya en Roma los rétores y filósofos. Un fragmento de Ennio alude ocasionalmente a los estudiantes de retórica; pero no podemos deducir nada concretamente ya que se trata de una copia de un original griego, y no podemos asegurar que Ennio tuviera presentes al escribir ese pasaje a los estudiantes romanos de retórica¹⁸⁴. También encontramos una referencia al estudio de la filosofía en una de sus tragedias: *Philosophandum est, sed paucis; nam omnino haud placet*¹⁸⁵.

Así pues, la retórica griega, pese a esa oposición oficial, se abre bien pronto camino entre las gentes cultas. No es aventurado pensar que en un principio no pasan de ser maestros privados. Lucio Emilio Paulo educará a sus hijos en las disciplinas griegas y romanas con maestros griegos¹⁸⁶. Igualmente Tiberio y Cayo Graco se educaron con maestros y rétores helé-

183 Quintiliano nos dice que Catón fue el primer escritor romano de retórica: *Inst. orat.* III 1, 19. Acerca de los fragmentos de Catón, cf. *Rhet. Latini minores* (Ed. HALM), pp. 308 y 448.

184 *Frag. poet. rom.*, p. 131 (Ed. BAEHRENS). Se refiere a su obra *Sota*.

185 Se trata de un fragmento tomado de su obra *Neoptolomeus*, y conservado por Cic.: *Tusc. disp.* II 1. También nos lo ha conservado AVL. *GEL.: Noct. Att.* V 15, 9.

186 PLVT.: *Aem. Paul.* 6, 5; *Brut.* 104.

nicos; el primero, con Diófanes de Mitilene, el más elocuente de los griegos de su tiempo, y el segundo con Menelao de Marato¹⁸⁷. Esta misma costumbre se introduce rápidamente en otras muchas familias romanas. Así sabemos de las lecciones de Cicerón a manos de Diodoto, Filón y Apolonio. En tiempos de Cicerón era moda en Roma hacer viajes a Oriente para perfeccionar y ampliar la educación de ciudadanos pudientes: los jóvenes que deseaban adquirir una cultura más elevada estudiaban en Atenas, Rodas, Mitilene, sedes de escuelas famosas de filosofía o de retórica.

En Roma se produce el mismo fenómeno cultural que hemos visto en Grecia. Durante el siglo II a.C., la filosofía y la retórica se disputan el campo y la supremacía en la educación. Pero muy pronto vence la retórica que se asigna la tarea de la formación integral del hombre y del ciudadano, atento sobre todo al aspecto práctico. Como indica Funaioli¹⁸⁸, no es de extrañar esta nueva victoria de la retórica, ya que en un pueblo, como el romano, inclinado por naturaleza hacia la política, que contaba como poderoso instrumento de lucha y de conquista con la fuerza persuasiva y subyugadora de la palabra, era natural que la balanza se inclinase, después de las primeras oposiciones, contra los filósofos y los rétores sin distinción, del lado de la retórica.

En los días turbulentos de la República, los asuntos nacionales y cívicos se resolvían en las asambleas populares. La retórica, que seguía siendo instrumento de persuasión desde que la había así definido Aristóteles¹⁸⁹, encontró ambiente favorable. El triunfo en los debates lo conseguía siempre el que mejor sabía hablar, aunque no siempre estuviera más conforme con las exigencias de la verdad y del honor. La habilidad en el discurso constituía el summum de la fama política y profesional, según se expresa Tácito¹⁹⁰.

187 PLVT.: *Tib. Grac.* 8, 4; *Brut.* 100 y 125.

188 *Studi di lett. antica*, Bologna 1951, vol. I, p. 181.

189 Cf. *Rhet.* I 2, 1355b. Acerca de las diferentes definiciones de la retórica véase VOLKMANN, R.: *Die Rhetorik der griechen und römer in systematischer Uebersich*, Hildesheim 1963 (Repr. anastática), pp. 1-16, donde analiza las definiciones de los antiguos.

190 *Dialog.* 36: «Ita ad summa eloquentiae praemia magna etiam neces-

La historia política de Roma nos habla de un movimiento reaccionario del año 92 a.C. que, basado sobre ciertos políticos, deseaba excluir la enseñanza griega de las escuelas romanas. Esta reacción se concreta en el edicto de los censores del año 92, Cn. Domicio Aenobarbo y L. Licinio Craso. Nos lo ha conservado Suetonio. Creemos que es importante recogerlo íntegramente:

*De eisdem interiecto tempore Cn Domitius Ahenobarbus L. Licinius Crassus censores ita edixerunt: «Renuntiatum est nobis, esse homines qui nouum genus disciplinae instituerunt, ad quos iuuentus in ludum conueniat; eos sibi nomen imposuisse Latinos rhetores; ibi homines adulescentulos dies todos desiderare. Maiores nostri, quae liberos suos discere et quos in ludum itare uellent, instituerunt. Haec noua, quae praeter consuetudinem ac morem maiorum fiunt, neque placent neque recta uidentur. Quapropter et iis, qui eos ludos habent, et iis qui eo uenire censuerunt, uidetur faciendum ut ostenderemus nostram sententiam, nobis non placere»*¹⁹¹.

Friedrich Marx que se ha ocupado muy por extenso de este famoso edicto, llega a la conclusión de que se trata sencillamente de una imaginación de Suetonio¹⁹², y para ello aduce un texto de Cicerón¹⁹³. Pero se nos antoja, con Gwynn, que los dos textos son más bien complementarios. El mismo Cicerón en uno de sus diálogos nos presentará a Craso defendiéndose del hecho de haber cerrado las nuevas escuelas de retórica latina¹⁹⁴. Además Tácito alude también al mismo hecho, aunque confunde estos *Latini rhetores* con los maestros de

sitas accedebat, et quomodo disertum pulchrum et gloriosum, sic contra mutum et elinguem uideri deforme habebatur». Cf. NORDEN, E.: *Die antike Kunstprosa*, vol. I, p. 246.

¹⁹¹ SVEF.: *Rhet.* 1.

¹⁹² Cf. MARX, Fr.: *Incerti auctoris de ratione dicendi Ad C. Herennium libri IV*, Hildesheim 1966 (Reprod. anast.), pp. 144-145.

¹⁹³ *De orat.* III 93-95.

¹⁹⁴ Sobre todo esto véase GWYNN, A.: *Roman education from Cicero to Quintilian*, New York 1964, pp. 61-69.

retórica en general¹⁹⁵. Alusiones semejantes las encontramos también en Aulo Gelio¹⁹⁶ y en Quintiliano¹⁹⁷. Sea lo que fuera acerca de la autenticidad de ese edicto, parece cierto que Craso y Domicio, obrando conjuntamente, cerraron por lo menos una escuela de retórica latina.

Podríamos preguntarnos a qué se debieron las modificaciones en la enseñanza romana, y cuáles fueron los motivos que indujeron a los rétores latinos a abrir sus escuelas para los jóvenes estudiosos, y cuál fue la causa o pretexto que sirvió a los dos censores para cerrárselas a los *Latini rhetores*. En este aspecto hay que recordar la figura de uno de los que intervinieron en el movimiento político-educacional a que se alude en el edicto del 92. Se trata de L. Plocio Galo, amigo de Mario, y de quien dice Suetonio: *De hoc Cicero ad Titinium sic refert: "Equidem memoria teneo, pueris nobis, primum latine docere L. Plotium quemdam"*¹⁹⁸.

En uno de los diálogos de Cicerón encontramos un pasaje que podría aclararnos un poco las razones que movieron a proclamar el edicto del año 92. Según hace decir Cicerón a Craso, en un diálogo que tiene lugar al año siguiente del famoso edicto, los rétores latinos no enseñaban otra cosa sino «impudentiam». He aquí el texto de Cicerón: *Quos ego censor edicto meo sustuleram, non quo, ut nescio quos dicere aiebant, acui ingenia adulescentium nollem, sed contra ingenia obtundi nolui, corroborari impudentiam*¹⁹⁹. Craso pensaba que al menos los maestros griegos podían enseñar algo, ya que poseían *doctrinam aliquam et humanitatem dignam scientia*²⁰⁰. Pero los *Latini rhetores* no podían enseñar a sus alumnos otra cosa que la osadía: *nihil posse docere nisi ut auderent*²⁰¹. Según estas palabras de Cicerón, toda la cuestión se reducía sencillamente a un problema corriente de pedagogía.

195 Tac.: *Dial.* 35.

196 También nos habla de ello AVL. GELL.: *Noct. Att.* XV 11, 2. Pero en este pasaje el término *Latini rhetores* ha sido incluido erróneamente en el senado-consulta del 161.

197 Cf. *Inst. orat.* II 4, 42.

198 *Rhet.* 2.

199 *De orat.* III 93.

200 *De orat.* III 94.

201 *Ibid.*

Pero se nos antoja que el problema era algo más complicado que todo eso, y no es aventurado pensar que junto con la pedagogía andaba la política. Nos hemos referido antes a L. Plocio Galo, uno de los primeros maestros latinos, admirador y cliente de Mario, y que aparece en el discurso *Pro Archia*. Es decir que estamos frente a un demócrata. Y según otro texto de Suetonio, se trata de un profesor al cual acudían los alumnos en gran número, según se desprende de una carta de Cicerón a Titinio: *Ad quem (Plotium) cum fieret concursus, quod studiosissimus quisque apud eum exerceretur, dolebam mihi idem non licere. Continebar autem doctissimorum hominum auctoritate, qui existimabant. Graecis exercitationibus alii melius ingenia posse*²⁰².

En este pasaje no es difícil descubrir en esa *doctissimorum hominum auctoritate* el influjo del mismo Craso y de los dos Escévolas: Q. Mucio Escévola el Augur, y Q. Mucio Escévola Pontifex. Así en ese fragmento de la autobiografía de Cicerón parece claro que el asunto del edicto del año 92 se refiere sobre todo al campo social y político. Es cierto que Domicio y Craso eran enemigos personales, pero ambos pertenecían a la aristocracia y eran conservadores en la política. No es comprensible que por un motivo puramente pedagógico se ordenara el cierre de las escuelas que dieran sus lecciones en latín. Una medida tan drástica y sin precedentes en las actuaciones de los censores no se puede explicar sino a la luz de las disputas o rivalidades políticas²⁰³.

Tal vez Plocio y los *Latini rhetores* contra los que iba dirigido el edicto eran conscientemente opuestos al círculo aristocrático que se enorgullecía de su cultura griega. Los censores se dieron cuenta de ese estado de cosas y se alarmaron ante la posibilidad de que los demagogos llegaran a poseer los medios e instrumentos de persuasión que les podía proporcionar la enseñanza popular de las escuelas latinas²⁰⁴.

202 *Rhet. 2.*

203 Cf. GWYNN: *O. c.*, pp. 64-66.

204 Esta interpretación está de acuerdo con la crítica moderna. Cf. MARX, Fr.: *Incerti auctoris "De ratione dicendi ad C. Herennium" libri IV*, Hildesheim 1966, p. 147. SCHANZ-HOSTIUS: *Römische Literatur Geschichte*, vol. I, pp. 209-210.

Sea de esto lo que fuere, aunque nos inclinamos por una causa social y política aunque no faltara alguna excusa de orden puramente pedagógico, la proyectada suspensión de las escuelas tuvo un efecto muy menguado. Efectivamente, después de la guerra contra los Marsos, y tras el definitivo sometimiento de éstos por Sila el año 88 a.C., se volvieron a abrir las escuelas de los *Latini rhetores*; y con el nuevo impulso dado luego a los estudios, con la rivalidad y competencia natural entre los maestros griegos y latinos, aparece la literatura técnica en lengua latina, y en ese mismo idioma se exponen todas las teorías retóricas según las diversas direcciones, pero sin alcanzar una doctrina personal.

Se había llegado a una conciliación natural entre la vieja y la nueva cultura en el aspecto educacionales. Desde ahora la lengua del Lacio podrá aspirar al servicio de las doctrinas retóricas y se logrará, en su intento, un avance continuo y decisivo de la cultura helénica hacia el Occidente. La civilización helenística y alejandrina se continuaba y se perpetuaba en la cultura romana que iba a alcanzar su plena realización al principio de la edad imperial²⁰⁵.

Otra cuestión que se impone al tratar de la influencia de la retórica en la cultura antigua, y al exponer las relaciones existentes entre los fenómenos culturales y los hechos políticos, es la que trata de la libertad y la oratoria que se podría reducir a la teoría que se desprende de una frase de Tácito: *Quae singula etsi distrahebant rem publicam, exercebant tamen illorum temporum eloquentiam et magnis cummulare praemiis uidebantur*²⁰⁶. Al hablar de Grecia, hemos señalado la relación que existió entre la aparición de la elocuencia y el cambio de las condiciones sociales y políticas. Con la instauración del Imperio romano se va a producir un fenómeno semejante, pero de signo contrario: las asambleas populares pierden su importancia en la vida político-social, y los orado-

205 Cf. BIONE, C.: *I più antichi trattati di arte retorica in lingua latina. Intorno alla "Rhetorica ad Herennium" e al Trattato ciceroniano "De inuentione"*, Roma 1965 (Ed. anastática), p. 151.

206 *Dialog.* 36.

res políticos ya no encuentran ocasiones de lucir sus habilidades naturales.

Si admitimos que la elocuencia es solamente concebible en un estado de cosas en que es preciso defenderse de los ataques personales o de las impugnaciones o de actos que atentan contra la propiedad, o cuando existe plena libertad para exponer ideas que tal vez contradicen la naturaleza misma del hombre, entonces tendremos que admitir que la disminución de la oratoria política, concomitante a la supresión de la libertad de palabra que se impone con los emperadores romanos, condujo a los rétores y a sus alumnos a una esfera muy limitada en que la enseñanza se limitaba a ejercicios inútiles de escuela que había perdido una finalidad precisa y determinada ²⁰⁷.

Pero aún admitiendo que la oratoria política, como tal, contribuyó muy poco al avance de la retórica durante el Imperio, hemos de confesar que la oratoria forense continuó el progreso y el desarrollo de la jurisprudencia. Todas las críticas que se hacen contra la oratoria de la época imperial adolecen de una falsa interpretación del arte de la palabra, que olvida o descuida la oratoria legal y la oratoria sagrada, entre otras.

Si tenemos en cuenta estas reflexiones, habrá que contar

207 He aquí algunas de las obras en que se puede comprender el pro y el contra de las opiniones:

AMIÉL, E.: *L'Eloquence sous les Césars*, Paris 1864, p. 1.

SIMONDS, T. S.: *The themes treated by the Elder Seneca*, Baltimore 1898, pp. 12-14.

FRIEDLAENDER, L.: *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms*, Leipzig 1910, vol. II, p. 203.

EDWARDS, W. A.: *The Suasoriae of Seneca the Elder*, Cambridge 1928, p. XVI.

BOISSIER, G.: *L'Instruction publique dans l'Empire romaine*, en *Rev. des deux mondes* 62 (1884), p. 345.

MORAWSKI, C.: *De rhetoribus latinis observationes*, Cracow 1892, p. 1.

SCHANZ-HOSTIUS: *Römische Lit.-Geschichte*, II, p. 342.

ATKINS, J. W.: *Literary Criticism in Antiquity*, Cambridge 1934, vol. II, p. 143.

HOBHOUSE, W.: *The theory and practice of ancient education*, New York 1910, p. 43.

CARCOPINO, J.: *La vie quotidienne à Rome*, Paris 1939, p. 139.

HULSEBOS, G.: *De educatione et institutione apud Romanos*, Utrecht 1875, p. 108.

FORSYTHE, W.: *History of lawyers*, Boston 1875, pp. 168-189.

LUCAS, F.: *Seneca and the Elizabethan tragedy*, Cambridge 1922, p. 27.

FRANK, T.: *Virgilio: L'uomo e il poeta* (trad. ital.), Lanciano 1930, p. 23.

igualmente, cuando tratemos de discutir sobre la elocuencia legal en la época imperial, de los problemas que plantea la libertad de expresión y la intromisión imperial ejercida en los tribunales. Quizás gran parte del problema se resuelve si se examinan críticamente las fuentes antiguas. Si, por una parte, se podría hablar de los ejercicios de las escuelas imperiales como de un *inane cymbalum iuuentutis*, por otro tendremos que reconocer que la educación intelectual de aquellos tiempos debe no poco a las *Declamationes minores*, de Quintiliano, y a las *Oratorum et rhetorum sententiae, diuisiones, colores*, de Séneca²⁰⁸.

La "Rhetorica ad Herennium"

Algo parecido —*seruatis seruandis*— de lo que ocurre con la *Rhetorica ad Herennium* sucede con la *Rhetorica ad Alexandrum*, de la que nos hemos ocupado anteriormente y de cuya paternidad aristotélica disputan los críticos modernos, si bien se puede dar como probable obra del estagirita. En cambio su correlativa latina cuenta con menos probabilidades de ser obra de Cicerón, aunque en las ediciones —incluso modernas— lleve el nombre del rétor romano. Aparte de lo que hemos de decir de la *Rhetorica ad Herennium*, podríamos afirmar, en términos generales, que las dos retóricas señalan como los principios de la producción teórica de los dos famosos autores: Aristóteles y Cicerón.

Los dos primeros tratados retóricos latinos que se nos han conservado, el *De inuentione* y la *Rhetorica ad Herennium*, datan de una misma época, más o menos, y ambas recogen parte de toda una tradición retórica. En ambas se puede descubrir sus puntos de contacto y semejanzas, si bien se diferencian claramente en la concepción y en el desarrollo y, sobre

²⁰⁸ Sobre las escuelas de retórica en Roma, como preparación para los tribunales puede verse PARKS, E. P.: *The Roman rhetorical schools as a preparation for the courts under the Early Empire*, Baltimore 1945 (Es el number 2, series LXIII de «The Journal Hopkins University Studies in Historical and Political Science», pp. 271-480).

todo, en las fuentes. Mientras el autor de la *Rhet. ad Herennium* se presenta como defensor de la educación nacional y establece una polémica con los griegos, Cicerón que tiene todavía reciente el sabor de las lecciones que ha recibido de sus maestros helenos, no tiene reparo alguno en exponer frente a los romanos el origen y el carácter de su arte retórico. Pero, al margen de estas diferencias, existe entre ambas una semejanza no sólo en la forma general sino también en la distribución de los materiales e incluso en las consonancias verbales²⁰⁹.

Sus autores debían de ser muy jóvenes. De Cicerón nos consta ciertamente, ya que la obra se compone en el trienio 86-84, cuando asiste a las lecciones de nuevos maestros, Molón y el estoico Diodoto. Del autor de la *Rhet. ad Her.* lo supone Marx, quien afirma que fue compuesta *ab adolescentulo immaturo et satis indocto*²¹⁰. Ambos se mueven con bastante agilidad y desenvoltura por entre las complicaciones de una terminología técnica que les es familiar. El autor de la *Rhet. ad Herennium*, en los comienzos del libro IV, tiene cuidado en advertirnos del esfuerzo que realiza para transcribir los nombres y conceptos griegos que debían resultar desconocidos para sus lectores²¹¹.

De la *Rhetorica ad Herennium* ignoramos el autor²¹², y no se puede fijar la fecha exacta de su redacción. Tampoco sabemos quién es Herennio a quien la obra va dirigida. Pero esto

209 Sobre las fuentes de la *Rhet. ad Herennium*, cf. SPENGLER, L.: *Ueber das Studium der Rhetorik den Alten*, Munich 1842; WEBER, H.: *Ueber die Quellen der Rhet. ad Herennium*, Zurich 1886; BOCHMANN: *De Cornificii auctoris ad Herennium qui vocatur rerum Rom. scientia*, Leipzig 1875; CURCIO, G.: *Le opere retoriche di M. Tulio Cicerone*, Acireale 1900.

210 MARX: *Ad Herennium*, p. 82. El valor de la *Rhet. ad Herennium* ha sido considerado muy diversamente por los críticos. Mientras para Spengel es *liber auro pretiosior* (*Rhet. Mus.* 16 (1861) p. 361) para Marx no es más que la obra de un *adolescentulo immaturo et satis indocto* (*Rhet. ad Heren.* p. 82).

211 *Rhet. ad Herennium* IV 10.

212 No vamos a entrar aquí en la discusión de la paternidad de este tratado que, indudablemente, no es de Cicerón. Sobre Cornificio como probable autor, y acerca de los problemas de su relación con Cicerón, véase la «mise au point» de KROLL, W.: *Die Entwicklung der lateinischen Schriftsprache*, en *Glotta* 22 (1934) pp. 24-27. Cf. también el tantas veces citado artículo *Rhetorik* en *RE, Suppl.* VII, c. 1100. Hasta la tesis de MEDVED, M.: *Das Verhältnis von Cicero libri rhetorici zum Auctor ad Herennium*, Viena 1940, no se han dicho nada sobre el particular.

no interesa demasiado en este lugar. Sabemos en cambio que demuestra cierta simpatía hacia el partido popular²¹³; el tono de confianza de su autor así como la sencillez y la claridad, frente a la sutilidad escolar de entonces, nos recuerdan los cargos de impudencia y falta de cultura que Craso dirige, en el *De oratore*, contra los rétores latinos. La obra muestra un intento de popularizar la retórica, y un esfuerzo por adaptarla a las necesidades de Roma, mediante la enseñanza en latín y el alivio de las complicaciones de la teoría griega y el empleo de ejemplos tomados de la historia romana. No pretende elaborar un sistema nuevo, sino facilitar la labor de los maestros latinos.

Basados en un lugar de Quintiliano²¹⁴, se ha visto en Cornificio al autor de la *Rhetorica ad Herennium*. Parece que el tal Cornificio no era maestro de retórica, sino un hombre privado de una muy amplia cultura. En sus horas libres, se dedicaba al estudio y para ayudar a su amigo Herennio, que se había entregado a la política y a la oratoria, escribió este manual. Si nos atenemos a las noticias que nos conserva en su obra relativas a sus actividades profesionales, descubrimos que tuvo la idea de escribir también un tratado de gramática²¹⁵; otro de arte militar y de ciencias políticas²¹⁶; otro contra los dialécticos²¹⁷; parece demostrar preferencias por la filosofía²¹⁸.

De la lectura de la obra de Cornificio se deduce que, a pesar del interés demostrado para oponerse a la preceptiva griega, el autor no ha podido desprenderse por completo de la influencia de los rétores griegos. Queda bien patente su origen griego: sigue siendo una creación de la mente griega, con esa su sutileza intelectual y su amor por las distinciones lógicas: los tres géneros de elocuencia, las varias partes del discurso, las diferentes etapas del asunto retórico, etc. Pero demuestra ya el primer intento por aclimatar en el ambiente latino un produc-

213 *Rhet. ad Herennium* IV 31, 68.

214 *Inst. orat.* IX 3, 13.

215 Cf. *Rhet. ad Herennium* IV 121, 17.

216 Cf. III 2, 3.

217 Cf. II 11, 16.

218 Cf. I 1; V 56.

to netamente griego, con el consiguiente éxito para la base intelectual de los jóvenes educados de Roma.

El libro de Cornificio, dice Curcio ²¹⁹, contiene teorías griegas junto con una aportación original que no es fácil precisar. Al parecer encontró bastante buena acogida entre los romanos ya que pudo convivir con las obras de Cicerón, cuyo prestigio era universalmente reconocido. Los críticos modernos tal vez han sido demasiado severos al juzgar su obra, si bien en realidad no hay muchas cuestiones nuevas u originales ²²⁰.

Pero no hay que olvidar que se trataba de la adaptación en Roma de un producto griego con los riesgos que toda innovación encierra. De todos modos tendremos que reconocer el mérito de Cornificio al querer romanizar o latinizar una disciplina que en sus tiempos sólo se estudiaba en la escuela griega, en cuanto a su forma y a su contenido. Trata de ocultar las influencias griegas, mediante citas latinas de versos, de ejemplos de la historia, etc. Y si no logró plenamente su intento, hay que reconocer que siempre las primeras tentativas son difíciles y raramente logran su finalidad.

Cicerón

La filosofía y la retórica griegas, que penetran en Roma al través de las doctrinas de Hermágoras y de la Academia, encuentran en Cicerón el genio más apto para decir casi la última palabra sobre no pocas cuestiones que no habían podido resolver los griegos, con su espíritu más teórico que el latino. «Mente abierta, nos dirá Riposati, a los más variados problemas, dominador de la cultura antigua a la que había llegado

219 Cf. *Le opere retoriche di M. Tullio Cicerone*, p. 63.

220 SPENGLER ha llegado a afirmar que «no ha cambiado nada, a excepción de la lengua; la *Rhetorica ad Herennium* es un producto griego, y contiene la esencia de la antigua teoría junto con la doctrina de las $\theta\acute{\epsilon}\sigma\epsilon\iota\varsigma$ que la escuela filosófica nos había transmitido», *Ueber das Studium der Rhetorik bei den Alten*, Munich 1842, p. 10. Nos parece igualmente inaceptable lo que dice KAYSER: «Apud Cornificium nusquam invenies Hermagoreae disciplinae vestigium; quin videtur eam ipsam petere prooemii verbis, *illa quae Graeci scriptores inanis adrogantiae causa sibi adsumpserunt, reliquimus*», *Cornifici Rhetoricorum ad C. Herennium libri IV*, Leipzig 1854, p. X, praef.

tras un largo y entusiasta estudio bajo la dirección de los más afamados maestros de su tiempo, temperamento especulativo a la vez que práctico, Cicerón excogita y elabora su sistema retórico en relación con la filosofía. Para Cicerón, la filosofía y la retórica se dan definitivamente la mano, como ideales supremos de la cultura, superando las intransigencias y la unilateralidad de las dos corrientes culturales opuestas»²²¹.

Si bien en su primera obra —*De inuentione*— aparece todavía ligado a la preceptiva de la escuela, muy pronto abandona las ideas de su juventud, y la madurez de su ingenio y de su experiencia doctrinal lo conducirán a profundizar en la naturaleza del arte retórica²²². A la luz de la tradición aristotélica y peripatética siente que la retórica no debe limitarse a los áridos esquemas de la escuela y a una minuciosa casuística forense. Para Cicerón, discípulo de Filón de Larisa y de Antíoco de Ascalón, el perfecto orador no debe contentarse con la técnica retórica, sino que debe nutrirse y formarse en la filosofía.

El *uir bonus dicendi peritus* no se puede formar en las oficinas de los rétores, sino en los pórticos de la Academia, en donde ha de tomar la filosofía como arte de razonar, de definir, de distinguir y de clasificar, arte de conocer las costumbres y las pasiones de los hombres. El retórico procurará poseer el saber del filósofo, pero no a la manera del filósofo. No hay oposición entre retórica y filosofía; tan sólo diferencias de método. Esta es la peculiaridad del ideal filosófico-retórico de Cicerón, y ese es el mérito de su eclecticismo, que brota, aunque sea al través de la Academia, de las más puras fuentes

221 *Problemi di retorica antica* (en *Introduzione alla filologia classica*, a cura di Ettore Bignone), Milano 1951, p. 679.

222 El problema de esta obra de Cicerón llamada también por Quintiliano y Prisciano *Libri rhetorici*, en especial por lo que respecta a las relaciones con la obra de Cornificio, no está resuelto: cf. MEDVED: *O. c.* Tampoco hay coincidencia en establecer la fecha de redacción. Ciertamente es obra de su juventud. El mismo Cicerón en varias ocasiones y desde diferentes puntos de vista, repudió lo que había dicho en esa su primera obra: cf. *De orat.* I 5. Véase el resumen que del problema hace KROLL: *Art. cit.*, cc. 1091-1095. Según este autor puede admitirse «die Abfassung und Veröffentlichung der Schrift bis etwa um J. 80, für möglich», c. 1093.

aristotélicas y estoicas, y perdura al través de toda su amplísima producción retórica²²³.

Tal es el alto significado y la realización más perfecta de las obras ciceronianas: *De oratore*; *Orator*; *Brutus*; *Topica* y *De optimo genere oratorum*. En todas estas obras se delinea claramente el ideal ciceroniano que «trata de conducir a la filosofía y a la retórica hacia aquella unión y conformidad que desde Platón había desaparecido, de tal modo que ambas disciplinas venían a presuponer una diversa formación espiritual, puesto que la una enseñaba a decir y la otra a pensar, con la consiguiente independencia del corazón y de la lengua»²²⁴. De este modo la cultura ciceroniana supera la unilateralidad de los rétores y la intransigencia de los filósofos, dando a la retórica un carácter nuevo y definitivo.

Sin embargo, el concepto superior de la cultura que dejaba sentado Cicerón y, en consecuencia, el ideal y la concepción de una elocuencia que dominara los diversos matices del estilo y los adaptara a las circunstancias, a los oyentes, a los diversos momentos del discurso *καιρός* v *πρέπον*— en que Cicerón fundaba la característica de su genio oratorio, chocó muy pronto contra la unilateralidad y uniformidad del Aticismo, de moda entre la juventud romana de los años 52-48 a.C.²²⁵. Esta tendencia, vigorosa ya en los años maduros de Cicerón, prevalecerá en tiempos de Augusto con sus dos representantes más conspicuos; Cecilio de Caleacte y Dionisio de Halicarnaso.

Ahora bien, ¿cuál era la postura de Cicerón frente al Aticismo y frente al Asianismo? Podríamos decir con Curcio²²⁶ que Cicerón profesaba teorías opuestas. En relación con el arte de bien decir, había corregido en Rodas, en la escuela de Molón, su abundancia de estilo. Sin embargo siempre había permanecido de palabras y de adornos, más de lo necesario a juicio de los aticistas, quienes proponían simplicidad de formas y

223 Cf. RIPOSATI: *O. c.*, pp. 680-681.

224 FUNAIOLI: *O. c.*, vol. I, p. 182.

225 Cf. CURCIO, G.: *De Ciceronis et Calvi reliquorumque Atticorum arte dicendi quaestiones*, Acide prope Catinaam 1899, pp. 25ss.

226 *Le opere retoriche di M. Tullio Cicerone*, p. 140.

227 Cf. SCHANZ: *Geschichte der Röm. Lit.*, I, p. 234. Nos lo recuerda el mismo Cicerón: *Ad Famil.* XV 21, 4; cf. TAC.: *Dialog.* 18.

reconocían en Lisias a su modelo. Entre Cicerón y los oradores aticistas, como M. Calidio, C. Licinio Calvo, M. Junio Bruto, M. Celio Rufo, C. Escribonio y Curión, hubo un intercambio de ideas y de cartas que desgraciadamente se nos han perdido²²⁷. Cicerón tuvo que defenderse de las impugnaciones de sus adversarios que amenazaban destronarle como primer orador. Con este fin compuso el *Brutus* y el *Orator*, al mismo tiempo que traducía dos discursos griegos: *Pro Corona*, de Demóstenes, y *Contra Ctesifonte*, de Esquines. De estas dos traducciones tan sólo se nos han conservado el prólogo o prefacio, con el título *De optimo genere oratorum*. Si bien en teoría Cicerón era un admirador de los oradores áticos, en particular de Demóstenes, en la práctica se alejó de ellos y dio motivos para ser impugnado por la redundancia y la hinchazón de sus discursos²²⁸.

Es curioso considerar que, mientras en Grecia Hermágoras, el iniciador de los tratados sistematizadores de la retórica escolar, es casi dos siglos posterior a Demóstenes, el más brillante y el postrer campeón de la elocuencia y de la libertad de Atenas, en Roma el más grande orador es también el más famoso escritor de retórica. Cicerón, *homo nouus*, que de joven se preparaba para el *cursus honorum* compilando un manual de normas para componer discursos, de viejo consolaba las horas de la inactividad política y del desconsuelo y aún del destierro, razonando sobre la elocuencia y los oradores. De ahí el valor particular que tienen todas las obras doctrinales latinas que, si no poseen la originalidad de ciertas doctrinas griegas, tienen siempre el encanto de una experiencia directa, de la necesidad del momento, de la memoria y el orgullo de los triunfos oratorios, como en el caso de Cicerón.

228 Sobre esta cuestión cf. SANDYS, J. E.: *M. T. Ciceronis ad M. Brutum Orator*, Cambridge 1885, p. LX. Que Cicerón no haya sentido profunda simpatía por el Aticismo, lo sabemos por él mismo. Sus obras *De oratore*, *Brutus*, y *Orator* tienden a defender contra sus opositores la *perfecti oratoris speciem*, que informa el *amplum et copiosum dicendi genus*, característico de la prosa asiática. Cf. RIPOSATI: *O. c.*, pp. 769-772; CASTORINA, E.: *L'aticismo nell'evoluzione del pensiero di Cicerone*, Catania 1952. Sobre la historia y evolución del Asianismo cf. NORDEN: *Die antike Kunstprosa*, pp. 126-124; WILAMOWITZ-

Indudablemente que se advierte una profunda evolución en las obras de Cicerón, desde el *De inuentione* hasta las *Partitiones oratoriae*. Al través de ellas vemos cómo Cicerón va modificando sus concepciones retóricas, sobre todo en lo que se refiere a su primera: *De inuentione*. En ésta, como hemos apuntado más arriba, se ve las ideas primeras de una doctrina retórica muy semejante a la obra de Cornificio. Si bien el sistema es diferente, sin embargo hay coincidencias evidentes en el desarrollo de las mismas. La diferencia se podría reducir a que, mientras uno dispone de diferente manera las cuestiones, la materia viene a ser común para los dos. Cicerón no siente, como Cornificio, la necesidad de disimular el origen griego de la retórica, y sigue de muy cerca las fuentes hermaóreas. Y ya que no trata de presentar a los romanos como ciencia indígena la que forma el contenido de su obra, acude a los ejemplos históricos o míticos del mundo heleno: Ulises, Ajax, Orestes, Alejandro, Epaminondas, Alejandro de Feres, Sócrates, Esquines, Aristóteles, Jenofonte, Teofrasto, etc.

Mientras Cornificio trata de buscar en la historia nacional hechos que proponer como ejemplo, y da forma latina a algunas partes de la nomenclatura griega y se reconoce en todo eso plenamente romano frente a la moda griega; Cicerón no parece conocer bien la historia y la literatura de Roma, ni siente la necesidad de conocerla. Las nociones que ha recogido en la escuela, sus apuntes, y algún que otro texto griego constituyen toda la preparación para el *De inuentione*. Su obra es fruto exclusivo de la escuela y de los estudios que en ella ha realizado. Tendremos que esperar más tarde hasta poder ver su propio carácter romano, su propia teoría retórica. Esto sucederá con el *De oratore*, obra de la madurez intelectual de Cicerón.

Quintiliano nos refiere, en relación con el cambio que se opera en la concepción retórica de Cicerón, el paso del *De inuentione* al *De oratore*: *Sed Cicero quidem his (rhetoricis) pulcherrimos illos "De oratore" substituit, ideoque culpari, tamquam falsa praecipiat, non potest*²²⁹. Pero entre ambas obras

229 *Inst. orat.* III 6, 60.

existe un lazo de unión, pese a los años que los separan, y ese lazo se nos manifiesta en los discursos de Cicerón que van desde el primero *Pro Quinctio*, del año 81, en que los preceptos del arte están aplicados metódicamente, hasta el *Pro Caelio*, del año 56, en que la habilidad del patrocinador elocuente consigue sus más convincentes pruebas mediante una más eficaz explicación.

Y es que la experiencia del foro había modificado las ideas del orador. La casuística escolástica, rigurosa en sus principios y en su aplicación, le resultó indiferente. La acción pública no soporta los sutiles análisis de las escuelas, y el *De oratore* no hace sino sumarias referencias a las doctrinas griegas que considera bastante inútiles. En el *De oratore*, Cicerón da por útiles y válidas las *quaestiones infinitae*, aquellos *proposita cognitionis* que podían parecer reservados exclusivamente a la atención de los filósofos²³⁰. Y cuando ya viejo, Cicerón ve a la República precipitada en la ruina, y cuando se iniciaba, a causa del centralismo del poder político, el «alejandrino romano de la elocuencia con las declamaciones ociosas, entonces cede a la tentación de hacer una obra de carácter escolar, y compone en forma de catecismo sus *Partitiones oratoriae*, un prontuario más compendiado y sucinto que los libros *De inuentione*. La diversidad o la diferencia que se observa entre las *Partitiones* y las obras juveniles se explican, en último término, por la diversidad de fuentes puestas a su disposición, aparte de la experiencia adquirida a lo largo de su vida.

Hemos aludido más arriba a la evolución aticista de Cicerón²³¹. Efectivamente el aticismo se impone en Roma en virtud de la influencia de los maestros griegos que tienen alguna relación con la cultura romana de la época augústea. Vemos a Cecilio de Caleacte que prefiere a Lisias y lo antepone a Platón, siendo por esto reprendido por el autor del *De sublimi*²³². Los

230 Cf. *De orat.* II 67-68.

231 El estudio más reciente que conocemos sobre el tema es la obra de Castorina a que nos hemos referido en la nota 228. Este autor se inclina por una evolución ciceroniana hacia el aticismo.

232 *De sublimi* 32, 8. Sobre este curioso libro se ha publicado recientemente una bibliografía bastante completa, cf. St. MARIN, D.: *Bibliography of the "Essay on the sublime"*, 1967 (La edición no tiene ni pie de imprenta,

gustos de Dionisio de Halicarnaso, aunque claramente áticos, son más universales: en la introducción a los oradores áticos, preconiza las relaciones existentes entre la filosofía y el aticismo, y atribuye el éxito de ese movimiento a la influencia de los romanos. Si admitimos esta afirmación de Dionisio, tenemos que lo que es más vital para la retórica no es haber venido de Grecia sino haber sido adaptada y aclimatada en el ámbito latino. Cecilio, Apolodoro y Teodoro, junto con Dionisio de Halicarnaso, son los cuatro más grandes retóricos de la generación contemporánea de la batalla de Accio, y todos ellos están íntimamente ligados con la retórica latina.

Cada uno de estos autores tiene unas características especiales. Mientras Dionisio posee una cultura universal —historiador, crítico literario, crítico de la historia, de la filosofía y de la retórica—, Cecilio es, más bien, un especialista del estilo. Más típica es la producción retórica de Apolodoro de Pérgamo, que dio lecciones para hablar en público a Augusto, y Teodoro de Gádara, maestro de Tiberio²³³. Sus discípulos siguen las huellas de los maestros, que, al decir de Quintiliano, no escribieron sino tratados puramente teóricos, carentes de toda experiencia personal de modo que resultaban completamente inútiles e inservibles para los tribunales²³⁴.

ni otra indicación para precisar los datos más esenciales. Sólo sabemos que ha sido impreso el libro en Holanda. Lleva esta indicación «Printed privately for the author»). Aparte de este ensayo general de Bibliografía, queremos notar aquí algunas de las ediciones de que nos hemos servido, de entre las más modernas, y algunos estudios sobre el *De sublimi*: RHYNS ROBERT, W.: *Longinus on the sublime* (Introd. transl., facsim. and appendices) Cambridge 1907. En las 36 p. que sirven de introducción se ocupa de los problemas de la paternidad. El comentario —pp. 163-262— abarca la crítica textual, el estudio lingüístico, el literario y el bibliográfico. Más moderno es el libro de MUNNO, G.: *Un libro di critica letteraria nell'antica Grecia*, Roma 1935. Otros tres más modernos son: GRUBE, G. M. A.: *A greek critic: Demetrius on style*, Toronto 1961, 172 pp. (Contiene una introducción, 1-56; traducción y notas, 57-130; y dos apéndices). RUSSELL, D. A.: *Longinus: On the sublime*, Oxford 1964, LVI-208 pp. (Contiene una amplia introducción, en num. romana; el texto gr., y el comentario). MARTANO, G.: *Pseudo-Longino: Del sublime* (Trad., introd. e note a cura di...) Bari 1965 (Contiene una amplia introducción, pp. V-LVIII y una selecta bibliografía, pp. LIX-LXIII).

233 SVET.: *Tiberius* 57. Cf. SCHANZ, M.: *Die Apollodoreer und die Theodoreer*, en *Hermes* 25 (1890) pp. 36ss. Más reciente es el trabajo de GRUBE, M. A.: *Theodoros of Gadara*, en *American Journal of Philology* 80 (1959) pp. 337ss.

234 *Inst. orat.* V 13, 59.

La retórica postciceroniana

Al cambiar las condiciones políticas y sociales, al sofocarse la libertad del foro, con el consiguiente empobrecimiento de los espíritus, se ve atacada la naturaleza y el ejercicio del arte retórico, y se ve reducido a la vida sombría de las escuelas. Por este motivo, pululan en Roma al través de todo el Imperio escuelas retóricas de declamadores, donde son educados los jóvenes en el ejercicio del bien hablar. Nos encontramos desde ahora con un arte que es simple continuación de la Primera Sofística, arte que busca y trata de esconder la vaciedad de pensamiento bajo los melindres rebuscados de las palabras, en un estilo pomposo y huero, con unas sutilezas dialécticas, carentes de toda filosofía, con unos argumentos extraños y ficticios, a la moda helenística, de lo que es el mejor exponente Séneca el Filósofo, que representa un nuevo estilo.

Con la muerte de Cicerón se termina la gran tradición de la oratoria y de la retórica romana. En una de sus *Suasorias* Séneca nos ha conservado unos versos de Cornelio Severo, uno de los que mejor expresaron su dolor ante la desaparición del arpinate:

«Conticuit Latiae tristis facunda linguae...
Deflendus Cicero est Latiaeque silentia linguae»²³⁵.

Es cierto que la fama de Cicerón no se olvidó muy pronto. Pero al poco de su muerte se comenzó a recorrer nuevas sendas. La retórica seguía siendo muy estimada, y el arte de la palabra era la mejor preparación para escalar los altos puestos de la política²³⁶. Incluso se podrá llegar a consulado, como nos dice Juvenal:

«Si Fortuna uolet, fies de rhetore consul;
si uolet haec eadem, fies de consule rhetor»²³⁷.

235 SEN.: *Suasor.* VI 27.

236 TAC.: *Ann.* III 66.

Se inicia, junto la nueva corriente, la decadencia de la retórica. El hecho de la decadencia del arte de la palabra se refleja bien a las claras en el prefacio al libro primero de las *Controversiae*, de Séneca, en las primeras frases de Petronio y en *Diálogo sobre los oradores*, de Tácito. También Quintiliano se ocupó del tema. Su obra acerca de las causas de la decadencia de la oratoria se ha perdido, pero su juicio sobre el particular se deja traslucir en muchos pasajes de sus *Institutiones oratoriae*. No vamos a analizar las posibles causas de esta decadencia²³⁸. Tácito nos dirá que ésta comienza con Casio Severo²³⁹. Pero Quintiliano no vacila en proponerlo como modelo, aunque sea con algunas reservas²⁴⁰.

Junto a Casio Severo tendríamos que colocar a Tito Labieno²⁴¹, y a los gramáticos de aquella época: Verrio Flaco, Julio Higino y C. Maliso²⁴². Pero no podríamos hacernos una idea de lo que fue el arte de la palabra y la preparación retórica, con los textos que se nos han conservado de aquella época. La obra de Séneca, que dedicó toda su vida a la retórica, recoge los recuerdos personales acerca de los *rhetores*. Estos recuerdos contienen un sinfín de *sententiae*, de *diuisiones* y de *colores* que su autor había aprendido de memoria o que había recogido en sus notas, para provecho de su hijo. Los temas de las *controversiae* tratan de las situaciones más inverosímiles. Los temas de las *suasoriae* son más históricos. No faltan dos suasorias acerca de la muerte de Cicerón, lo que muestra el interés que seguía teniendo aún después de muerto.

Pero el orador romano no aparece siempre en el alto honor que podía esperarse. Parece que era habitual componer discursos en respuesta a los que había escrito Cicerón²⁴³. La retórica se va fosilizando en las formas antiguas. El arte de la

237 IUVEN.: VII 197-198.

238 Cf. CLARKE, M. L.: *Rhetoric at Rome. A historical survey*, London 1953.

239 TAC.: *Dial.* 19, 1.

240 *Inst. orat.* X 1, 116-117. Cf. SEN.: *Controversiae* 3, *praef.* 4.

241 Sobre estos dos personajes, cf. SEN.: *Contr.* 10, *praef.* 4ss. QVINT.: *Inst. orat.* I 5, 8; VI 1, 11; IX 3, 13. TAC.: *Dial.* 26, 5.

242 SVET.: *Gram.* 17; 20 y 21.

243 Cf. GWYNN, A.: *Roman education*, pp. 160-162, donde recoge algunos de los ejemplos de esa imitación o réplica ciceroniana.

palabra ya no sirve para afilar las armas para la lucha de la vida política, ni para preparar al orador ni formar al hombre de estado. Se ha terminado la época de las disputas teóricas y las aplicaciones prácticas del arte de hablar bien. Se ha convertido en un simple elemento de cultura. Se ha reducido a simples ejercicios de escuela y forma parte de la ἑγκύκλιος παιδεία de entonces, junto con la gramática, la filosofía y otras μαθήματα de los programas escolares. Ha dejado de ser una *facultas* o δυνάμις como había sido en su origen y ha perdido el carácter de ars o τέχνη.

La "Institutio oratoria"

Dentro de la evolución del arte de la palabra ocupa un lugar de importancia, aunque sea el último cronológicamente, el español Quintiliano. En su obra perdida, *De causis corruptae eloquentiae*, trata de analizar las causas de la decadencia de la oratoria. Y con su *Institutio oratoria* inicia una reacción contra la moda de su época e intenta un retorno al clasicismo ciceroniano. Se trata de una obra de solidez, mesurada, llena de grandes cualidades, preciosa por la luz que proyecta sobre algunos tratados de Cicerón, no tiene otra finalidad que poner los métodos literarios al mismo nivel que los había ya establecido Cicerón. Pese a todos los méritos de la obra de Quintiliano, la cultura general considerada por él, más parece un sistema de recetas y de procedimientos que un ensanchamiento del espíritu»²⁴⁴.

Al decir de Gwynn, lo que pretende Quintiliano con su *Institutio oratoria* es una vuelta a los métodos y a la doctrina del *De oratore* y del *Orator*. El mismo título implica un desafío a la moda de sus contemporáneos. Las palabras *orator*, *doctrina* o *institutio oratoria*, etc., habían cambiado de sentido y habían perdido gran parte del contenido doctrinal que les había comunicado Cicerón. Los contemporáneos de nuestro

²⁴⁴ Cf. GUILLEMIN, A. M.: *Pline et la vie littéraire de son temps*. Paris 1929, pp. 75-76.

rétor hispano se habían dado cuenta del hecho. Al comienzo de su *Dialogus de oratoribus*, Tácito se expresa de esta manera: *Saepe ex me requiris, Iuste Fabi, cur, quum priora saecula tot eminentium oratorum ingeniis gloriaque effloruerint, nostra potissimum aetas deserta, et laude eloquentiae orbata, uix nomen ipsum oratoris retineat; neque enim ita appellamus nisi antiquos; horum autem temporum disertis, causidicis, et advocatis, et patronis, et quiduis potius quam oratores uocantur*²⁴⁵. La distinción entre *orator* y *causidicus* aparece también en la *Institutio oratoria*²⁴⁶.

La obra de Quintiliano constituye un hito en la historia de la educación romana²⁴⁷. Es la culminación de un largo período de evolución. Las escuelas posteriores del Imperio romano producirán libros de textos de gramática y de retórica en abundancia; pero ningún maestro hablará con la autoridad de Quintiliano, y ningún orador se interesará suficientemente en la teoría del arte de la palabra para producir un segundo *De oratore*. Tal vez podríamos hablar de una sola excepción: *Dialogus de oratoribus*.

Se ha discutido muy ampliamente acerca de las relaciones entre Tácito y Quintiliano. A veces se ha presentado al autor del *Dialogus de oratoribus* como crítico de la obra del rétor hispano. Algunos han querido hacer a Tácito discípulo de Quintiliano. Y no han faltado quienes han pensado que el *Diálogo* es una obra polémica, publicada poco después de la *Institutio oratoria*, como una respuesta a la defensa que Quintiliano hacía de Cicerón.

Hace poco hemos recogido el comienzo de la obra de Tácito. Es no menos interesante lo que escribe al final, que puede ser una respuesta al idealismo de Quintiliano para hacer revivir

²⁴⁵ *Dial.* 1.

²⁴⁶ *Inst. orat.* XII 1, 25. Cf. III 1, 20; I *prooem.* 1; III 1, 1.

²⁴⁷ Acerca de la pedagogía de Quintiliano puede verse una obra reciente de BIANCA, G. G.: *La pedagogia di Quintiliano*, Padova 1963. En las páginas 253-255 ha recogido una bibliografía sobre el tema. Por lo que podemos apreciar, en las tres páginas, la selección no ha sido hecha con un criterio muy acertado. Entre otros, notamos la falta de GWYNN, *Roman Education*, al que nos hemos referido anteriormente y que es imprescindible para estudiar a Quintiliano.

el ciceronianismo. Dice así: «Credite, optimi, et, in quantum opus est, disertissimi uiri, si aut uos prioribus saeculis, aut isti quod miramur his nati essent, ac deus aliquis uitas uestras, uestra tempora repente mutasset; nec uobis summa illa laus et gloria in eloquentia, neque illis modus et temperamentum defuisset. Nec, quoniam nemo eodem tempore assequi potest magnam famam et magnam quietem, bono saeculi sui quisque, citra obtrectatione alterius, utatur»²⁴⁸. Si el *Dialogus de oratoribus* fue escrito antes o después de la *Institutio oratoria* es un problema que no está resuelto; pero lo que sí es evidente que las palabras que acabamos de citar indican claramente qué es lo que Tácito pensaba de Quintiliano y de su pretendido retorno a Cicerón.

El tipo de educación que nos describe Quintiliano en su *Institutio oratoria* seguirá siendo durante mucho tiempo la única educación que conoce el mundo greco-romano. Las escuelas de literatura y de retórica comprendían las *artes liberales* de la ἐπιλόγιος παιδεία. Desde los tiempos de Isócrates y Aristóteles hasta la caída del Imperio romano, no se conocerá otra forma de educación. Y cuando la Iglesia se convierta en la heredera directa de la civilización greco-latina, empleará las *artes liberales* como un perfecto programa de la educación cristiana enseñada en sus escuelas.

Las escuelas romanas mostraban una tendencia muy marcada a subordinar las *artes liberales* a la retórica. Cicerón se alzaría en contra de esa subordinación, pero a su muerte la retórica se llevará todo tras sí. Séneca, a pesar de sus obras filosóficas, es un retórico nato. El mismo Quintiliano no podrá verse libre de esa moda retórica. En su *Institutio oratoria* la retórica sigue siendo el centro de la educación en una proporción que nunca habría tolerado Cicerón. Y el culto de la retórica por sí misma, sin ninguna otra finalidad, era muy peligroso en una sociedad que había perdido la tradición de la oratoria política. La oratoria se convertirá sin más en retórica carente de contenido²⁴⁹.

²⁴⁸ *Dial.* 41.

²⁴⁹ Cf. GWYNN, A.: *O. c.*, p. 247.

Podemos decir que Quintiliano compendió, en una obra voluminosa, la teoría y las aplicaciones prácticas, la doctrina helénica y su sentido latino. Resumió la labor de muchas generaciones de estudiosos y la sistemátizó en una unidad orgánica, genial y original, en lo que cabe. Más aún: podemos decir que, con él y sus contemporáneos, se cierra propiamente el ciclo de una exposición seria y sistemática de la retórica latina.

Decadencia de la retórica

Desde ahora en adelante, como muy acertadamente señala Funaioli ²⁵⁰, la retórica será la maestra y la reina que absorberá todos los demás intereses humanos. Los sofistas y los rétores ocupan en la sociedad puestos elevados, y en todas partes surgen palestras de retórica. En cierto sentido podemos considerar a esta época como una nueva edad de oro de la retórica, ya que nunca dicha profesión fue considerada en alta estima como lo fue la llamada Segunda Sofística en tiempos de los Antoninos. Adriano se asoció a ellos, y les hizo grandes recompensas. Antonino Pío les concedió muchísimos privilegios ²⁵¹. De Marco Aurelio sabemos que se preocupó de sus doctrinas y de sus necesidades. Escuchó atentamente una declamación de Arístides ²⁵². Tuvo gran interés por la enseñanza de la retórica, y estableció y subvencionó una cátedra de retórica en Atenas, y se interesó personalmente por los estipendios de la misma ²⁵³.

La segunda sofística, a pesar de haber nacido de la unión de la filosofía y de la retórica y pese a sus grandes y vigorosas intenciones, no hizo nada o, mejor dicho, no pudo hacer nada para resolver la suerte de ambas disciplinas y aportar, de

²⁵⁰ Cf. *O. c.*, vol. I, pp. 182-184.

²⁵¹ Cf. *Hist. August.*, *Hadr.* 16, 8, 10. FILOSTR.: *Vit. Sophist.* 1, 25. AVL. GEL.: *Noct. Attic.* XIII 22, 1.

²⁵² Sobre Elio Arístides es fundamental la obra de BOULANGER, A.: *Aelius Aristides et la Sophistique dans la province d'Asie au II siècle de notre ère*, Paris 1968 (Se trata de una edición anast. de la del 1923).

²⁵³ DIO CASS.: LXXII 31, 3. FILOSTR.: *Vit. Sophist.* II 2.

esa manera, algo nuevo al problema de sus mutuas relaciones. Como nota Armin, «la filosofía popular se ha separado de la filosofía de las escuelas, y de la retórica escolar ha salido la así llamada segunda sofística. Las dos no son sino modificaciones de la primera sofística que ha recuperado, en estas dos formas, al lado de la propia filosofía y de la retórica auténtica, el lugar que le correspondía»²⁵⁴.

No podemos ahora ofrecer un cuadro completo de la segunda sofística, que ya ha sido estudiada ampliamente por autores especializados²⁵⁵. Lo que sí podemos afirmar es que la segunda sofística se encuentra en la vida intelectual y social de la época de los Antoninos. Los ejercicios de los rétores han traspasado los umbrales de la escuela y se han convertido en la distracción literaria más corriente y más apreciada de todos los círculos. Cuando un ilustre personaje, nos dice Boulanger²⁵⁶, pasaba por una ciudad donde vivía un sofista de fama, se le preparaba una conferencia. Incluso gran número de sofistas ambulantes llevaban de una ciudad a otra los tesoros de su elocuencia. Algunas ciudades poseían salas especiales para esas conferencias: son los ἀκροατήρια o los αὐδουτήρια transcripción directa de *auditorium*. Pero más frecuentemente las reuniones de los sofistas tenían lugar en el «bouleutérion» o en el «odeon».

Además los sofistas prestaban grandes servicios a sus ciudades. Eran siempre los representantes de los ciudadanos en las grandes reuniones o en las más difíciles embajadas, sobre todo ante el poder imperial. Los textos antiguos son bien ex-

254 Cf. ARNIM, H. von: *Leben und Werke des Dio von Prusa*, Berlin 1898, p. 113. Cf. la obra reciente de BOWERSOCK, G.: *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford 1968, con amplia bibliografía.

255 Sobre los orígenes de la Segunda Sofística véase BOULANGER, O. c., pp. 58-73, donde analiza las opiniones de Rohde, de Kaibel, de Norden, y de Wilamowitz. Algunas de las obras principales acerca de la Segunda Sofística: SCHMID, W.: *Der Atticismus in seinen Hauptvertretern*, Stuttgart 1887-1896, 4 vols.; ARNIM, H. von: O. c.; BURGESS, Th. C.: *Epideictic literature*, Chicago 1902; PIOT, H.: *Les procédés littéraires de la Seconde Sophistique chez Lucien*, Paris 1914 (El capítulo I se titula «La conception littéraire de la Seconde Sophistique»); MERIDIER, L.: *Influence de la Seconde Sophistique sur l'oeuvre de Grégoire de Nysse*, Rennes 1906 (Igualmente, el primer capítulo trata de «La seconde sophistique»); WENDLAND, P.: *Die hellenistisch-römische Kultur*, Tübingen 1907 (Se ocupa de la cuestión en las pp. 32-38: «Zweite Sophistik»).

256 Cf. O. c., pp. 50-56.

plicitos en este punto. Así vemos cómo Polemón obtiene del emperador Adriano una cantidad considerable de dinero para el embellecimiento de Esmirna²⁵⁷. Elio Arístides consiguió de Marco Aurelio una ayuda eficaz para la reconstrucción de Esmirna, arruinada por un terremoto. Se puede afirmar, sin temor a dudas, que nunca la elocuencia fue más cultivada y más apreciada que en este período de la segunda sofística, tanto en el Oriente como en el Occidente, cuando el de la palabra se constituyó en finalidad de sí misma.

Ese movimiento fue esencialmente un fenómeno griego. Y griegos fueron también sus más famosos representantes, o al menos, si no eran griegos como Favorino de Arles, hablaban griego. Podríamos distinguir dos períodos brillantes en la segunda sofística, separados por una época de decadencia. El primero se extiende desde Adriano hasta Gordiano, es decir del 117 al 244. Después de casi un siglo de luchas y contiendas políticas, con el consiguiente fracaso de la retórica, se inicia el nuevo período, con Constantino, que se prolonga hasta el final de la Edad Antigua.

Los declamadores griegos eran tan numerosos en Oriente como en Occidente. Las ciudades de todo el Imperio se gloriaban de poseer su maestro del arte de la palabra que podía representarles en cualquier ocasión. Roma desea emular la gloria de las tres primeras ciudades del Asia que se disputan la preeminencia: Pérgamo, Efeso y Esmirna. Y frente a Roma encontramos a Cartago, Burdeos y otras ciudades. Había una estrecha relación entre el Oriente y Occidente, y en consecuencia entre las dos lenguas que dominaban a la perfección los más famosos representantes de la segunda sofística. Por desgracia todo ese movimiento cultural se ha perdido casi por completo, y apenas si nos quedan de él los nombres y sus biografías. En el canon de los *Diez Sofistas*, correspondiente a los *Diez oradores áticos*, fueron colocados: Dión Crisóstomo, Nicóstrato, Polemón, Herodes Atico, Filóstrato, Elio Arístides, Libanio de Antioquía, Temistio de Paflagonia, Himero de

²⁵⁷ El hecho que referimos está atestiguado no solamente por FILOSTR.: *Vit. Sophist.* I 25, sino también por una inscripción: *C. I. G.* 3148, lin. 34.

Prusa y Eunapio. Entre los latinos podemos recordar los nombres de Frontón y Apuleyo, los dos máximos representantes de las modas de la sofística, que tanta influencia han de tener luego en la literatura cristiana, especialmente en los autores africanos.

Los "Rhetores Latini Minores"

La última etapa de la retórica latina la constituyen los que se han llamado posteriormente *Rhetores Latini minores*, y cuyas obras se han agrupado juntas con el homónimo título general²⁵⁸. Todos ellos son de muy escaso interés, y además carecen de pretensiones literarias. Se limitan a escribir al estilo escolar de los libros de texto. No discuten casi nunca sus opiniones, sino que se contentan a establecer normas generales. Estos *Rhetores Latini minores* no son otra cosa que los *progimnasmáticos* griegos, y la retórica se reduce a una pura tecnografía, y no precisamente de la mejor calidad. El arte de la palabra se reduce a un simple compendio o un puro manual escolástico, donde se encierran los cánones prácticos de la prosa y de la poesía, hasta limitarse luego a un apartado de las *Artes liberales*.

De entre estos *Rhetores minores*, mencionemos los nombres de Rutilio Lupo, traductor de una obra de Gorgias; Aquila Romano; Julio Rufiniano, que escribió un suplemento a la obra de Aquila; y el anónimo autor de un poema en verso, titulado *Carmen de figuris*. Tendríamos que añadir los nombres de Quirio Fortunaciano, Sulpicio Víctor, Julio Víctor, Marciano Capela, y una obra incompleta de Agustín de Hipona. Por lo general en todos estos *Rhetores minores* falta originalidad, y se nota la ausencia de todo interés literario: no se preocupan de imitar ni a Cicerón, ni tienen una preocupación gramatical y estilística como Quintiliano.

En pleno siglo iv la retórica es una de tantas artes que

²⁵⁸ Han sido editados en la obra de HALM, C.: *Rhetores Latini Minores* (Ex codicibus maximam partem primum adhibitis emendabat...) Lipsiae 1862 (Hay edición anast. de Frankfurt am Main 1964).

contribuyen a la formación humanística de los jóvenes. Será precisamente una de las provincias romanas, el Africa —a la Juvenal llamó gráficamente²⁵⁹: *nutricola causidicorum Africa*— donde florecerá un grupo de escritores formados en la escuela de retórica y preocupados del arte de la palabra, sobre todo en las escuelas de Cartago, a la que Apuleyo había saludado con el solemne calificativo de *Prouvinciae nostrae magistra uenerabilis*²⁶⁰. Mario Victorino y Marciano Capela, Cipriano, Arnobio, Lactancio y Agustín tendrán que ser contados entre los maestros africanos de retórica, aunque no sea precisamente ahí donde más se distinguieron. Africa y Galia se repartirán el honor de ser las principales provincias romanas que se han distinguido en el arte de la palabra. Y si el Africa cuenta con los personajes que hemos señalado, no olvidemos que Claudio Quirinal, Julio Gabiniano, Estacio Ursulo, Ausonio, Arborio y otros vieron la luz en tierras de la provincia gala.

CONCLUSION

Quintiliano pudo proponerse esta cuestión: *Sequitur quaestio utilis rhetorica*. Al final de su obra²⁶¹ Leeman se enfrenta con la misma pregunta. Antes de terminar nuestro artículo desearíamos dar una respuesta, igualmente, al problema. Se ha escrito que «la extraña pasión de los romanos, prácticos y hábiles en la vida, frente al fascinante efecto del arte de la palabra es uno de los fenómenos psicológicos más interesantes de la civilización antigua». No ha faltado quien considera que la combinación del talento artístico y de la ambición desmedida con la *inertia* intelectual de los romanos es un resultado completamente natural.

Se ha creído que la Retórica ha reducido una gran parte de la literatura latina a una artificiosidad estéril, falta de

259 *Sat.* VII 148-149.

260 *Florida* 20.

261 LEEMAN, A. D.: *Orationis ratio. The stylistic theories and practice of the Roman orators historians and philosophers*, Amsterdam 1963, 2 vols. (El segundo con numeración seguida del primero sólo contiene las notas y los índices).

frescura y sinceridad. Creemos que en la actualidad asistimos a una revalorización de la retórica. Más aún, se nos antoja que no es la influencia de la retórica lo que hay que valorar, sino solamente la manera en que un determinado autor latino ha manejado los elementos de la retórica dentro del cuadro artístico de su obra. No olvidemos que los conscientes elementos retóricos constituyen solamente una parte de la lengua artística de la literatura latina. Hay otros elementos y símbolos, de los que no se adquirió plena conciencia, y que de un modo oscuro e incluso misterioso forman parte del ritmo y del funcionamiento de la mente humana.

Las observaciones que expone Leeman en el epílogo de su libro²⁶² contienen en resumen cuanto se puede decir acerca del arte y de la palabra entre los romanos. Es claro con toda evidencia que las reglas y normas del sistema retórico significan mucho más para un escritor medio que para un escritor, también medio, de entre los griegos de la época clásica o de los tiempos del helenismo. En primer lugar esas reglas respondían perfectamente a la necesidad típicamente romana de mantener una organización. Y al mismo tiempo estaban en perfecto acuerdo con la naturaleza de la lengua latina y su *potencia*. No olvidemos tampoco el gusto típicamente romano por lo ornamental y lo pomposo, de lo cual nos ofrecen ejemplos claros los honores del triunfo, la toga, los juegos públicos, etc. Por todo eso podemos afirmar que el elemento griego, originariamente, ayudó a los romanos a forjar sus armas artísticas para la expresión de lo que había de más auténticamente romano entre ellos. Es una paradoja que puede parecer característica de la situación cultural de los romanos en general.

Nosotros reconocemos que la utilidad de la retórica se ha manifestado en diferentes aspectos de la cultura clásica greco-latina. Lo mismo como arte de bien hablar, que como fuerza o facultad para buscar los argumentos más aptos para el convencimiento que como parte de la *paideia* o de la ἐγκύκλιος παιδεία en un ciclo educacional del *triuivium* y del *quatriuivium*,

262 *Orationis ratio*, pp. 380-383.

la retórica ha jugado un papel importantísimo en la historia de la cultura antigua.

Pero hay que evitar exageraciones: el arte de la palabra nunca debe absorber el sistema educacional, ni puede destruir los intereses de las otras ciencias. La filosofía, al igual que las otras ramas del saber humano, tienen un campo propio. La retórica puede ayudar a la filosofía y a su vez recibir ayuda de la filosofía. Entre las diferentes *artes liberales* debe haber siempre una pacífica coexistencia, y nunca una violenta supresión o absorción. Solamente así, el sistema educacional que iniciaron los griegos y luego adoptaron los romanos conseguirá la finalidad de su larga y agitada existencia.

JOSE OROZ RETA
Salamanca